

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XL. — TOMO IX.

NÚMERO 12 — Madrid 25 de Abril de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.



ECCE AGNUS DEI.



## SUMARIO

TEXTO.—Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá. — La Decena, por Blas. — Crónica universal, por X. — Los grabados. — Consummatum est, por D. Francisco Sánchez de Castro. — La Iglesia y la civilización (continuación), por D. Eduardo Egea Sánchez. — El arte cristiano en Italia, por D. M. Pérez Villamil. — Los dos capullos (poesía), por D. M. del P. M. — Historia de las flores, por D. Teodoro Peña Fernández. — Robespierre (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo. — Conferencias del P. Vicent en la Juventud Católica de Valencia. — Conocimientos útiles. — Miscelánea. — Advertencia.

GRABADOS.—Eccce Agnus Dei. — Los primeros cruzados á las órdenes de Godofredo de Bouillón dan vista á Jerusalén. — Excelentísimo é Ilustrísimo, Sr. Dr. D. Narciso Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid. — Vista general de Panamá, donde ha de comenzar el canal interoceánico. — Camino de Emaús á Jerusalén.



EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. NARCISO MARTÍNEZ IZQUIERDO,  
PRIMER OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

**B**AJO la sacrílega mano de nuevo Judas, y en el pórtico de su Catedral, ha muerto el primer Obispo de Madrid, á los ocho meses de Pontificado. Doce años había antes ejercido el de Salamanca, y frisaba con los 54 de su edad. De sus dotes de talento, sabiduría y virtud hablan los actos de su preciosa vida, sin que la pluma tenga que esforzarse en consignarlos.

Aunque los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA poseen su retrato, nos ha parecido que debíamos reproducirlo en estos momentos en que su memoria embarga los ánimos de todos. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA ha perdido en el Sr. Martínez Izquierdo uno de sus más decididos protectores; véanse los números del *Boletín Eclesiástico* de esta Diócesis, y apenas se hallará uno en que no venga anunciada y recomendada. Los huérfanos del Asilo sabrán corresponder á esta protección, guardando su memoria entre las de sus más insignes bienhechores.

Nuestros lectores comprenderán que no es preciso repetir aquí la historia del horrendo crimen, que sabe todo el mundo hasta en sus más insignificantes pormenores; sólo diremos que el venerable mártir ha muerto tan santamente como podía esperarse de su piadosa vida y de las circunstancias con que ésta ha terminado.

La nueva Diócesis de Madrid no tiene ya nada que envidiar á las antiguas, que tuvieron por fundadores ilustres mártires de Cristo; también tiene ya su piedra fundamental consagrada con la sangre de su primer Obispo. Horrible, verdaderamente espantoso, es que el asesino haya sido un sacerdote; pero ¿no celebramos en estos días la Pasión del Señor, que fué entregado á sus verdugos por el beso de uno de sus apóstoles?

No hay nada peor que la corrupción de lo que por sí mismo es excelente; por eso de la Iglesia han salido sus más enconados enemigos, y Judas, Luteró, etc., serán siempre una prueba de que el demonio se ceba principalmente en las almas enaltecidas por mayores gracias del cielo. ¡Como que el príncipe de la luz vino á parar en príncipe de las tinieblas!

Compadezcamos al sacrílego matador de su Obispo, al sacerdote parricida que ha ejecutado el crimen más horrendo que podía concebir el mismo Satanás; y ante la tumba del venerable mártir repitamos la frase consagrada por la tradición de los primeros confesores de Cristo:

DESCANSA EN PAZ Y RUEGA POR NOSOTROS.

## LA DECENA

**N**o esperarán seguramente mis lectores encontrar entre los párrafos de esta revista asunto, concepto, idea, frase ni palabra que refleje el tono festivo que revisten de ordinario mis pobres escritos.

Sobre que los días solemnes de esta Semana se prestan más al recogimiento del alma que á las expansiones del ingenio, el tristísimo y horrendo suceso que acaba de presenciar la capital de España, con circunstancias verdaderamente inauditas, sólo puede engendrar pensamientos lúgubres en la mente y contracciones dolorosas en el corazón.

Aun suena en mis oídos el rumor de la pública indignación, sublevada por el sacrílego atentado de que ha sido víctima el virtuosísimo Obispo de nuestra Diócesis. Aun veo en los semblantes retratados el espanto y la honda tristeza con que fué recibida la infausta nueva en todos los ámbitos de la capital. Aun percibo en confusión contradictoria, pero dis-

culpable, dada la humana debilidad, el coro universal en que se mezclan de una parte los sollozos, las lágrimas, los gritos de dolor y las ardientes oraciones elevadas al cielo en demanda de la preciosa vida de la víctima, y de otra las execraciones, las amenazas y los rugidos de cólera contra el asesino...

No soy el llamado á hacer la crónica de este sangriento suceso, ni podría, aunque lo intentara, enfrenar la pluma dentro de los límites de la conveniencia, si tal obligación se me impusiera. Aun así, confieso que para cumplir la que me corresponde de modesto gacettillero en esta publicación, necesito hoy apelar á la conciencia de mis deberes y hacer un gran esfuerzo para no arrojar la pluma.

Procuraré, sin embargo, llenar unas cuantas cuartillas, descartando de ellas todo asunto mundano, y recurriendo á la fuente inagotable de los asuntos religiosos, nunca de más actualidad que en estos días santos, en que se conmemora el más sublime acontecimiento que registra la historia de la humanidad: el gran misterio de la Redención.

\*\*\*

Quando estos mal hilvanados párrafos lleguen á manos de mis lectores, el volteo de las campanas, los ecos de los cánticos y músicas religiosas entonando el *Gloria in excelsis Deo*, mientras se rasga el velo de los altares, que aparecen espléndidamente iluminados, y suben á los cielos nubes de oloroso incienso; las expansiones de mística alegría que, irradiando del sagrado recinto, se comunican cual corriente eléctrica á la vida popular, rompiendo el fúnebre silencio que durante dos días ha reinado en la vía pública, habrán anunciado al mundo católico la celebración de la solemne fiesta consagrada á recordar la Resurrección del Hijo de Dios, la fiesta llamada vulgarmente *la Pascua*.

Esta palabra no tiene entre los cristianos el significado que tuvo, y aun conserva, entre los hebreos. Estos designaban con el nombre de *pesahh* ó *phase* (salto, paso) la festividad que celebraban el día décimocuarto de la primera luna del año judío, en memoria de su salida de Egipto.

No es de este lugar la descripción de la fiesta hebrea, y, por otra parte, supongo que la gran mayoría de mis lectores, fervientemente católicos, sabe lo que el *Libro Santo* por excelencia, la Biblia, nos enseña sobre este particular en el Deuteronomio, al referir lo que el Señor dijo á Moisés y Aaron en la tierra de Egipto, respecto á la forma, minuciosamente impuesta, en que cada familia hebrea debía celebrar la *Pascua* inmolando un cordero, comiendo su carne y rociando con la sangre la puerta de sus casas.

Las ceremonias ordenadas al pueblo judío antes de su salida de Egipto, fueron escrupulosamente y sin interrupción practicadas en la serie de los siglos, y son hoy todavía observadas, salvo algunos detalles accidentales, por los descendientes de Israel.

Jesucristo, el más rígido cumplidor de las leyes de su pueblo, celebró siempre la Pascua, y para asistir á esta solemnidad se trasladó á Jerusalem el domingo de Ramos. De la Cena de Jesús con sus Apóstoles en honor de la Pascua, tomó origen, como todo el mundo sabe, el Sacramento de la Comunión entre los cristianos y la fiesta religiosa que hoy hemos conmemorado.

En el siglo II los cristianos celebraban dos fiestas cada año, una en memoria de la muerte y resurrección de Jesús, y otra en recuerdo de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y llamaban *día de la Pascua* á la primera, confundiendo, en el orden cronológico, con el día en que los judíos celebraban la suya.

Los cristianos del Asia Menor diferían, sin embargo, de los demás, y especialmente de los de Roma, en la forma de celebrar este día solemne. Unos y otros ayunaban durante la Semana Mayor (como llamaban á la semana en que murió Jesucristo), y después de este ayuno celebraban, como los judíos, una fiesta en la que consumían un cordero pascual, en memoria de la última cena del Salvador. Los demás cristianos de Asia, más próximos á Judea y procedentes casi todos de aquel país, hacían la fiesta el día 14 del primer mes de los hebreos, y al mismo tiempo que éstos celebraban su *Pascua*.

La Iglesia de Occidente seguía distinto método, y celebraba la Pascua en la noche que precedía al aniversario de la Resurrección, haciendo, por lo tanto, de la Crucifixión y de la Resurrección una sola y común fiesta.

Los cristianos de Occidente y de Alejandría objetaban que los del Asia, celebrando la fiesta el día mismo en que Jesús comió el cordero pascual con sus discípulos, interrumpían el ayuno de la Semana Santa. Por otra parte, resultaba de la costumbre de los orientales que, conmemorando la Resurrección de Jesucristo precisamente tres días después de la fiesta de Pascua, ocurría con frecuencia que esta gran festividad caía en día que no era el primero de la semana, único en que, según la gran mayoría de los cristianos, era permitido celebrar la Resurrección de Jesús.

Hacia mediados de aquel siglo, se trasladó á Roma San Policarpo para conferenciar con el Obispo San Niceto y poner término á estas diferencias; pero no se llegó á un acuerdo.

A fines del mismo siglo, San Víctor, Obispo de Roma, con la aquiescencia de otros varios Obispos, escribió una carta imperativa á los Prelados asiáticos, ordenándoles se acomodasen al ejemplo de los cristianos de Occidente tocante á la época en que debía celebrarse la fiesta de Pascua. Pero contestaron, por medio de Polycrates, Obispo de Éfeso, que no podían separarse de la costumbre heredada de sus antecesores. Esto dió ocasión á que Víctor rompiera toda comunicación con los asiáticos, excluyéndolos del gremio de la Iglesia romana.

La disidencia entre las Iglesias de Oriente y Occidente no pasó adelante, merced á la sabia y prudente intervención del Obispo de Lyon, San Ireneo; y durante la tregua que se estableció, cada Iglesia conservó sus prácticas hasta el siglo IV, en que el Concilio de Nicea fijó el tiempo en que había de celebrarse la fiesta de la Pascua y que debía ser el domingo siguiente al décimocuarto día de la primera luna después del equinoccio de primavera.

El método adoptado por dicho Concilio para determinar la fecha de la Pascua no deja de ser complicado, y por lo tanto, renuncio á explicarle para no cansar más á mis lectores. Sólo diré que, con arreglo á él, la celebración de esta festividad no puede ser nunca anterior al día 22 de Marzo ni posterior al 25 de Abril.

Delambre ha compuesto un cuadro y dado una regla para averiguar la fecha de la fiesta pascual en cada año; trabajo que exige cierto cálculo y que se evita teniendo á la mano un almanaque cualquiera.

Más ingeniosas son las dos fórmulas algebraicas descubiertas por Gauss para determinar esa misma fecha, sin tener que acudir á las letras dominicales ni á las epactas; pero tampoco es de este lugar la explicación.

Conocido el día de la Pascua, se puede venir en conocimiento de todas las demás fiestas movibles, partiendo de la base de que la Septuagésima ha de caer en el noveno domingo, ó sea el 63.º día antes de Pascua; la Ascensión cuarenta días después, etc., etcétera.

\*\*\*

Para aprovechar la oportunidad y alargar un poco este artículo, he de decir cuatro palabras sobre uno de los objetos consagrados en estos días al culto externo en nuestros templos y que tiene el privilegio de llamar extraordinariamente la atención de los niños y aun de muchas personas mayores que desconocen su significación y no se atreven á declarar su ignorancia preguntando.

Me refiero al *Cirio Pascual*, cuya bendición constituye una de las solemnidades del sábado Santo.

El origen de este símbolo es antiquísimo, y prescindiendo de la opinión del benedictino fray Claudio de Vert, que supone no tenía primitivamente otra misión que la de alumbrar la iglesia durante la noche del sábado Santo al domingo de Pascua, debemos aceptar la significación mística que le dan otros escritores cristianos de gran autoridad, viendo en él la representación de Jesucristo resucitado y triunfante.

Lo que no admite duda es que la creación del *Cirio Pascual* se remonta al Papa San Zóximo, quien ordenó se le diese la forma de un grueso cilindro ó columna de cera, y cuya bendición se sigue haciendo en nuestros días, entonando el *Exultet*. El diácono clava en el cirio cinco granos de incienso en forma de cruz, para significar los aromas con que fué embalsamado el cuerpo de Jesús, así como las cinco llagas del Salvador.

La bendición hecha por un diácono, como he dicho arriba, es excepcional en la disciplina de la Iglesia, que sólo otorga al Prelado ó al presbítero el derecho de bendición. Pero esta especie de privilegio se explica, en opinión de muy doctos varo-



nes, por el hecho de que Jesús se mostró á los discípulos antes que á los Apóstoles, y el diácono representa, en este caso, al discípulo de la primera aparición.

Antiguamente se pegaban al Cirio Pascual unas tablitas, en que se inscribían los nombres de los individuos del clero, empezando por el del primer dignatario, de donde ha venido el título de *primus cereus* (primer cirio.) Se inscribían también los sucesos memorables acaecidos en el curso del año, las fiestas, los cambios de soberano, etc., etc.; pero de algunos siglos acá ha desaparecido aquella costumbre, que obligaba á dar á los cirios unas dimensiones exageradas.

..

Daré fin por hoy á mi tarea (sin salirme de la índole de asuntos que me he impuesto), dedicando unas líneas á la palabra *Alleluia*, que con tanta frecuencia se repite en los cantos sagrados durante el tiempo pascual.

Esta exclamación de alegría es voz hebrea, que ha pasado al latín conservando todo el valor ortológico de su origen, habiendo sido introducida en los rezos de la Iglesia por San Agustín y San Jerónimo, en tiempo del Papa San Dámaso.

En la Iglesia griega se cantaba el *alleluia* todos los domingos y días festivos del año, sin exceptuar la Cuaresma: no estaba excluido ni aun de los funerales.

En la Iglesia latina no se empleaba, en un principio sino en el tiempo pascual, hasta que San Gregorio el Grande decretó que se cantase todo el año. El cuarto Concilio de Toledo le eliminó del oficio de difuntos, y desde el Pontificado de Alejandro II no se ha vuelto á cantar durante el tiempo que media entre la Septuagésima y el sábado Santo.

Antes del uso de las campanas, los monjes tenían costumbre de llamarse, para acudir al coro, por medio de la palabra *alleluia* pronunciada en voz alta.

En algunas catedrales católicas se celebraba antiguamente una extraña ceremonia que se llamaba *enterrar el alleluia*. Los niños de coro oficiaban y conducían en andas una especie de ataúd, representando el *alleluia* difunto, mientras que la comitiva rodeaba y seguía al féretro exhalando gemidos y haciendo otras demostraciones de dolor, hasta llegar al sitio destinado á la inhumación.

Esta costumbre, que no creo llegara á introducirse en España, ha desaparecido hace mucho tiempo de los países donde se adoptó sin duda alguna por un exceso de tolerancia, disculpable en aquella época, pero que no se acomoda á la severidad del culto católico ni á la rigidez de la disciplina eclesiástica.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



A primer noticia de esta Crónica de asuntos extranjeros debe ser la pacificación religiosa de Prusia, por efecto de la derogación de las tristemente célebres leyes de Mayo. El príncipe de Bismarck pronunció en la Dieta prusiana un discurso el día anterior á la votación, que puede considerarse como el acta de su arrepentimiento por aquellas leyes y de sus buenos propósitos para lo por venir. Dijo que suplicaba á la Cámara tuviese en cuenta la clase de responsabilidad suya en la formación de aquellas leyes, pues aunque era ministro cuando se promulgaron, no le cabía toda la responsabilidad, y el sentido en que las aceptaba era como leyes de combate temporal; que él nunca había considerado las leyes de Mayo como una necesidad permanente, sino sólo como un medio para llegar al fin, que era la paz; que él había sido siempre incansable en sus esfuerzos por asegurar la paz y que por su parte estaba preparado á hacer concesiones; que hablaba entonces no como ministro, sino como miembro particular de la Cámara; que había elegido el camino de las negociaciones con el Papa, que es un hombre pacífico, sabio y moderado; que la revisión de las leyes de Mayo que ha pedido el Cardenal Jacobini en su última nota como condición para más amplia observancia del *Anzeigepflicht* por parte de la curia de Roma, podía concederse sin dificultad, pues estaba esto en interés de todos, y él esperaba que la curia desplegaría ahora el mismo candor y lealtad en el asunto que iba á desplegar por su parte el Gobierno de Prusia.

En este tono se expresó el Canciller y el resultado fué el que podía esperarse: la Dieta aprobó, por

gran mayoría, el proyecto con todas las enmiendas del Sr. Obispo de Fulda.

Gracias á Dios que se ha despejado tanta incógnita como ofrecía este gravísimo asunto: hoy no cabe ya duda ninguna: la paz religiosa es un hecho, y pronto, muy pronto los católicos alemanes comenzarán á gozar de los beneficios del triunfo.

—

Por desgracia no van así las cosas en Francia; la impiedad triunfante prosigue, cada día con mayores bríos, su guerra contra el catolicismo.

La conducta horrible de Mr. Goblet en Chateau-Vilain ha sido objeto de una interpelación en la Cámara, donde se han oído las elocuentes protestas de los católicos y las hipócritas explicaciones de los perseguidores de la Iglesia. Decía el valeroso conde de Mun, en períodos brillantísimos, que el actual Gobierno de Francia no puede, por lo visto, consentir que en una propiedad particular, en un domicilio privado, en una capilla se reúnan obreros pacíficos y virtuosos que, después de concluir sus tareas, quieren tener el derecho de reunirse y de ejercitar la libertad de sus conciencias oyendo misa y elevando oraciones al cielo.

Los que hablan tanto de libertad atropellan la santa libertad de los católicos. Los que hablan de separar la Iglesia del Estado pretenden regular en manos profanas y laicas el ejercicio del culto católico. Los que hablan de los derechos individuales penetran con espada en mano, sembrando la muerte entre mujeres débiles y niños indefensos en su domicilio privado, por una simple orden administrativa y sin mandato alguno judicial, como si el hogar no fuera de los más grandes é inviolables entre los derechos.

Sólo el viento y la tempestad, dicen las leyes inglesas, pueden entrar en el domicilio privado; pero ni el Rey puede atentar contra su santidad. ¡Miserables! en sus labios la libertad es una persecución contra el bien y la justicia, y un apadrinamiento de las pasiones demagógicas, como ha sucedido en Decazeville.

En este tono ha hablado el insigne orador católico. Su compañero Keller reforzó si cabía estos argumentos y el Gobierno contestó fríamente que para mandar cerrar la capilla de Chateau-Vilain ha tomado por base una ley del primer Napoleón.

El hecho es, que mientras se fomenta la insurrección de los obreros socialistas de Decazeville, se persigue de muerte, exhumando leyes anfibológicas del primer imperio, á obreros católicos, por el atroz delito de reunirse á orar en una capilla de una fábrica, que el Gobierno manda cerrar por suponer que no está previamente autorizada.

Con esta conducta ¿cuál será la suerte de Francia? Horror da pensarlo, tanto más si se considera que hace un siglo España es un eco de la revolución francesa.

—

Tracemos algunas líneas de luz.

El eminente Arzobispo de París acaba de llamar la atención de su clero, con motivo del Jubileo de este año, hacia una de las obras más interesantes que ha suscitado el *Kulturkampf* francés; es decir, la obra de los catequistas voluntarios.

En cada parroquia, cristianos y cristianas infatigables en la práctica del bien, se han puesto á la obra, y dan, bajo la dirección del clero parroquial, la enseñanza de la Doctrina cristiana á los niños que no la reciben en las escuelas comunales.

Naturalmente, se ha pensado primero en los niños de diez á doce años que se preparan para la primera comunión. Pero hoy, el ilustre Pastor se preocupa muy especialmente de los niños de siete á diez años. ¡Cuántos de éstos han pedido el pan de la palabra divina y no han hallado á nadie que se la enseñe!

El Cardenal no ha temido reconocer la profundidad del mal y desear que en este año de Jubileo se tenga un cuidado especial del alma de los niños. Con este fin, espera que se podrá establecer en cada parroquia lo que ya existe en varias, es decir, la instrucción semanal del Catecismo para los niños de siete á diez años.

Es un pensamiento conmovedor el del Jubileo de los niños; el venerable Arzobispo espera con justo título que estos cuidados prodigados á los niños tocarán el corazón de sus padres y llegarán á ser una predicación especial para que vuelvan á la Iglesia las ovejas extraviadas.

Es de notar que en la ciudad de París, que elige sus ediles entre los verdugos de la Iglesia, no hay una sola escuela cristiana que no se vea obligada á no admitir más niños por falta de local. En los peores barrios la escuela está completamente llena, decía Mr. Chesnelong.

Esta es una gran esperanza para el atribulado corazón de los católicos franceses.

—

El día 14 decían por la mañana *El Morning Post* y *El Standard* que, á pesar de la viva oposición que han encontrado en la prensa y en la opinión pública los proyectos de Glandstone sobre Irlanda, no puede menos de reconocerse que éstos iban ganando terreno en el Parlamento.

No sería extraño, añadian, que contra lo que se cree generalmente, Glandstone obtuviese una votación favorable, aunque por muy pocos votos.

Según los indicados periódicos, todo dependía de la actitud que adoptasen unos 30 diputados liberales que estaban perplejos. Si Glandstone logra convencerlos, decían, su éxito es seguro en la Cámara de los Comunes.

Así se expresaban los autorizados periódicos antes citados, y por la noche, en efecto, en la Cámara de los Comunes, después de un largo discurso de Glandstone, ofreciendo introducir modificaciones importantes en el proyecto relativo al Gobierno de Irlanda, particularmente en la parte referente á las aduanas, la Cámara aprobaba, en votación ordinaria, la primera lectura del proyecto.

No es esto decir que el resultado definitivo sea igualmente favorable á los proyectos; pero tampoco puede negarse que la aprobación en la primera lectura supone un gran triunfo para Glandstone y una gran esperanza para la infortunada Irlanda.

—

En un despacho telegráfico transmitido desde San Petersburgo á *El Daily-News* se hablaba hace pocos días de una próxima entrevista del Czar con el Sultán. La entrevista se dijo que tendría lugar en el mar Negro, á bordo de un navío ruso. Se añadía que el Czar iría acompañado de M. de Giers, y el Sultán de Saind-Bajá, ministro de Negocios Extranjeros.

Esta noticia ha sido oficialmente desmentida; pero no obstante, la prensa inglesa insiste en la idea de darla por cierta. Con este motivo y para apoyar su opinión, dice que el Czar ha abandonado toda idea de intervenir militarmente en Bulgaria, reservándose hacer destituir al príncipe Alejandro por la Turquía. Añádesse que la entrevista del Czar y del Sultán no se verificará en Crimea, sino en plena mar, y que las relaciones entre Rusia y Turquía son en la actualidad excelentes.

Por de pronto, Server-Bajá ha sido encargado de ir á Livadia para cumplimentar al Czar en nombre del Sultán.

El tiempo dirá lo que hay de cierto en estos rumores, que como todos los relativos á la cuestión de Oriente, son oscuros y contradictorios.

—

El nihilismo, como los fuegos subterráneos de los volcanes, tiene de vez en cuando sus erupciones, que anuncian la perenne combustión de sus terribles hornos.

Recientes despachos de la frontera alemana de Rusia anuncian que las conjuraciones nihilistas recientemente descubiertas en aquel Imperio, han demostrado la existencia de una vasta organización con ramificaciones en el extranjero, contando con tantos medios como la que existía cuando el asesinato del Czar anterior.

El número de prisiones hasta ahora llevado á cabo á consecuencia de este descubrimiento, es considerable.

¡Cuándo se convencerán los que mandan que con cárceles y patibulos no se reforma el espíritu de una sociedad que ha vuelto la espalda á Jesucristo!

—

Terminaremos esta Crónica dedicando un breve párrafo al artículo inserto en el periódico el *Akhbar*, que se publica en francés en Argel, en el que se trata en forma descarnada la cuestión de Marruecos. En él se dice abiertamente que Francia debe esperar el momento oportuno para apoderarse de Marruecos.

Esto no pasará de un deseo; pero conviene que España no pierda de vista el afán de aventuras que se ha apoderado del Gobierno francés.

X.

## LOS GRABADOS

ECCE AGNUS DEI

Uno de los símbolos más exactos de la vida cristiana es la del marinero en los azares de la mar. Desde que sale del puerto de la gracia bautismal, hasta que arriba al puerto de la vida futura, su existencia es una serie continua de



riesgos y peligros, que muchas veces ponen en grave peligro su vida, y de los que triunfa por la protección visible del cielo. Por eso no hay marino que no sea religioso, á lo menos en los momentos de riesgo en los azares de la alta mar, y entonces, invocando el auxilio de la *Estrella de los mares*, confía á la Providencia su salvación y le consagra sus más ardientes oraciones y votos.

La Estrella de la mar es la Virgen María; pero en general puede decirse que es la Religión cristiana, representada en la Madre Inmaculada de Cristo. Así está pintada en el precioso cuadro que reproduce nuestro grabado.

La venerable figura de la Virgen, que se eleva sobre las olas, lleva como atributo sublime de la Religión, el cáliz adorable y la hostia sacrosanta, en que reconoce nuestra fe, bajo los accidentes de pan y vino, oculta la divinidad, cuerpo y sangre de Cristo, Señor nuestro.

Si la vida del mar es emblema seguro de la cristiana, la representación de la Reina de los mares con tales atributos, es también espejo en que se mira la fe que profesamos á la verdad eucarística.

Cristo ha resucitado, é invita á los fieles al banquete eucarístico, cuyo manjar celestial parece haberse renovado sobre nuestros altares. En las borrascas de esta vida, en días de grandes amarguras, invoquemos á la Estrella de los mares, que nos muestra como prenda de triunfo y garantía de paz, los emblemas eucarísticos y el lema sagrado del Cordero Pascual: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollis peccata mundi.*

#### CONQUISTA DE JERUSALEN POR GODOFREDO DE BOUILLÓN.

Nuevo emblema de la vida cristiana es este cuadro de la historia de las Cruzadas. No cabe en los límites de esta breve explicación el relato de aquel suceso memorable; pero sí podemos decir que la fe que hizo á los caballeros cristianos triunfar de los turcos y de los rigores del clima de Oriente para rescatar el sepulcro de Cristo, es la fuerza que necesitan los pueblos modernos para triunfar de los peligros de la demagogia que nos envuelve, y rescatar las glorias de los siglos pasados. El ejemplo de Godofredo, que no quiso ceñir la corona real en Jerusalén y entró descubierto en la ciudad santa, porque allí Jesucristo había sido coronado de espinas, es también lección sublime para los que hoy rigen las naciones y que tratan muchas veces de usurpar á la Iglesia sus instituciones y al mismo Cristo su autoridad sobre el mundo y sobre las almas.

Por lo que hace al cuadro de Cornelius, está lleno de animación y sentimiento. Es una de las mejores obras de la moderna escuela alemana, que ha seguido las huellas del antiguo arte cristiano, expresando, con la corrección de los pintores del Renacimiento, el misticismo de los trecentistas. El grabado que publicamos es también obra de artistas alemanes, y nada deja que desear en cuanto á la exactitud y limpieza de la composición.

EXCMO. É ILMO. SR. D. NARCISO MARTÍNEZ IZQUIERDO,  
PRIMER OBISPO DE MADRID,  
asesinado el domingo de Ramos á las puertas de la Catedral.

En la colección de nuestra Revista se han publicado en dos ocasiones noticias circunstanciadas de la vida de este malogrado Obispo y verdadero mártir del Episcopado. Sólo agruparemos aquí las fechas de los principales sucesos de su vida, cuyo triste fin llena hoy de luto á España entera. Nació en Rueda, en el señorío de Molina, el 29 de Octubre de 1831. Estudió la carrera eclesiástica en el Seminario de Sigüenza. En 1864 fué nombrado catedrático del Seminario de Granada, y en 1868 arcediano de aquella santa iglesia catedral. En 1871 fué elegido diputado por Molina, y en 1873 presentado para la Sede episcopal de Salamanca. En las Cortes de 1875 fué nombrado senador por la provincia eclesiástica de Valladolid, y defendió en el Senado con asombrosa elocuencia la unidad católica. En 1879 fué nombrado Académico correspondiente de la Española y recibió la gran cruz de Isabel la Católica. En Mayo de 1885 fué presentado para el obispado de Madrid, del que tomó posesión el 2 de Agosto. R. I. P.

VISTA GENERAL DE PANAMÁ  
DONDE HA DE COMENZAR EL CANAL INTEROCEÁNICO.

Todo lo que se refiere á Panamá tiene hoy sumo interés. La colosal empresa de la perforación del istmo está á punto de llevarse á cabo. Aunque hemos publicado varias veces curiosos datos acerca de esta empresa, creemos oportuno dar aquí una vista de la población que da nombre al istmo y ha de darlo al canal. Panamá es la capital del Estado de este nombre, uno de los nueve que forman los Estados Unidos de Colombia. Se halla situada sobre la costa S. y el golfo á 900 kilómetros de Santa Fé de Bogotá. Su población es de 30.000 habitantes y tiene Sede episcopal. El istmo que une las dos Américas y separa el mar de las Antillas del Gran Océano, tiene de largo 250 kilómetros y su anchura varía entre 44 y 160. Con la perforación de este istmo Panamá llegará á ser una de las más importantes ciudades de América.

CAMINO DE EMAUS Á JERUSALÉN,  
donde Jesucristo después de resucitado se apareció á dos de sus discípulos.

Refiere el Evangelista San Lucas tratando de la resurrección del Señor: "El primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado. Y hallaron la losa revuelta del sepulcro. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor, Jesús. Y aconteció

que estando consternados por esto he aquí dos varones que se pararon junto á ellos (*dos ángeles en figura de hombres*) con vestiduras resplandecientes. Y como estuviesen medrosos y bajasen el rostro á tierra les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado; acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea, diciendo: es menester que el hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores y que sea crucificado y resucite al tercer día." Entonces se acordaron de las palabras de Él. Y salieron del sepulcro y fueron á contar todo esto á los Once y á todos los demás. Y los que refirieron á los Apóstoles estas cosas eran María Magdalena, y Juana y María, madre de Santiago y los demás que estaban con ellos. Y ellos tuvieron por un desvario estas sus palabras, y no las creyeron. Mas levantándose Pedro corrió al sepulcro, y bajándose vió sólo los hierros, que estaban allí echados, y se fué admirando entre sí lo que había sucedido. Y dos de ellos aquel mismo día iban á una aldea llamada Emaus, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido; y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó á ellos el mismo Jesús y caminaba en su compañía; mas los ojos de ellos estaban detenidos para que no le conociesen, y les dijo: "¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?" Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: "¿Tú solo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días?" El les dijo: "¿Qué cosa?" Y respondieron: "De Jesús Nazareno, que fue un varón Profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenación de muerte y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir á Israel; y ahora sobre todo esto hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas: aunque también unas mujeres de los nuestros nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro. Y no habiendo hallado su cuerpo volvieron diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que Él vive; y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas á Él no lo hallaron." Y Jesús les dijo: "Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que los Profetas han dicho! ¿Pues qué, no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?" Y comenzando desde Moisés y de todos los Profetas se lo declaraba en todas las Escrituras que hablan de Él. Y se acercaron al castillo adonde iban; y Él dió muestras de ir más lejos. Mas le detuvieron por fuerza diciendo: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día." Y entró con ellos, y estando sentado con ellos á la mesa tomó el pan, lo bendijo y habiéndolo partido se lo daba. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y le conocieron; y Él entonces se desapareció de su vista. Y dijeron uno á otro: "¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?" Y levantados en la misma hora volvieron á Jerusalén y hallaron congregados á los Once y á los que estaban con ellos, que decían: "Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido á Simón."

El camino que representa nuestro grabado es el mismo, fotográficamente reproducido donde ocurrieron estos sucesos narrados por el santo Evangelista. En el lugar donde se hallaba el castillo se edificó luego un templo y un convento, que arruinados por los estragos de guerras y de siglos fneron restaurados recientemente por la piadosa marquesa de Nicolay, que murió en 1868 y se halla allí enterrada. Todos los años se verifica una devotísima peregrinación el día de Pascua de Resurrección á Emaus, á la que concurren muchos peregrinos. La peregrinación recorre este camino, de dos leguas, que separan á Emaus de Jerusalén.

#### CONSUMMATUM EST

**P**ARA comprender los beneficios de la Redención, sería necesario comprender primero toda la magnitud de la caída de Adán y toda la desventura de hombres y pueblos antes de Cristo. Se envanece la moderna sociedad incrédula de los grandes bienes que posee y de algunos sentimientos nobles que la animan, no reparando que todo se lo debe á Cristo, á quien niega, y á su religión, á que aborrece. Después de la catástrofe del Paraíso, única explicación del enigma de la historia, los hombres se dispersan; la barbarie y la superstición caen como negra noche sobre todos los pueblos: los más cultos viven entre ignominias degradantes y errores monstruosos; la idolatría todo lo mancha; la esclavitud todo lo esteriliza. No hay verdadera familia, sino tiranía en el hombre sobre sus hijos, reducida la desdichada mujer á vergonzoso envilecimiento: las castas, que establecen barreras insuperables entre los hombres, aparecen sobre la tierra; las religiones son particulares, de nación, de ciudad, de familia; la filosofía apenas proclama una verdad entre mil absurdos y delirios; y en el orden político y social, sólo reina la fuerza bruta, sometidos los hombres degradados y los pueblos oprimidos á la voluntad de inicuos déspotas.

Pero muere el Salvador en el Calvario, y todo se transforma; y lo que estaba muerto vive, y lo corrompido se regenera. Desaparecen las castas; mueren las religiones nacionales y particulares; termi-

nan el secreto y el privilegio para la enseñanza de los hombres. Dios es padre de todos, y, llegada la plenitud de los tiempos, funda la religión universal, la única religión, la que llama y enseña á todos los hombres, y fuera de la cual todas son falsas y vanas, como lo eran antes, excepto aquella antigua y ya muerta, que anunció y preparó la Nueva Ley.

Pasaron, sí, las figuras y enmudecieron los profetas. *Consummatum est*, dijo el Salvador en lo alto de la Cruz; y su palabra no ha pasado ni pasará. Él es el término y el cumplimiento de los vaticinios. Él es la verdad: su obra es definitiva y perfecta. Vaga el pueblo deicida, sin príncipe y sin templo, llevando por el mundo el libro de las profecías que sigue cumpliendo al negarlas; fueron borradas de la tierra las supersticiones del gentilismo; permanecen en la barbarie los pueblos que no han recibido la luz del Evangelio; y los que, después de haberla recibido, la rechazan, vuelven á las tinieblas y viven entre zozobras de muerte, sin haber inventado nada con que suplir, en parte siquiera, la obra de Cristo.

Los mismos y mayores absurdos proclama la filosofía hoy que en los tiempos helénicos y en las antiguas edades indias. ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el mundo? ¿Hay Dios? ¿Quién es? La filosofía anticristiana lo ignora todo; y habla de leyes fatales; de conciencia nacida de lo inconsciente; de materia que piensa; de idea que evoluciona; de bestias que progresan hasta convertirse en hombres racionales; de mundo maravilloso sin Artífice inteligente; de muerte universal; de aniquilamiento absoluto. Aquí el materialismo brutal y degradante; allá el panteísmo aparatoso y vano que se resuelve en el mismo error; más allá el escepticismo que, abrumado por los fenómenos, se siente impotente para investigar las causas, y nada quiere saber de lo espiritual y de lo infinito.

Y el hombre no puede vivir sin la verdad. Cristo vino á traerla: Cristo era la verdad, y quiso ser predicado por todo el universo. Pero antes afirmó y probó su misión divina por la profecía y por el milagro; por la santidad de sus enseñanzas y por la pureza de su vida; por sus horribles dolores y por el sacrificio sangriento de la Cruz.

¿Cómo no había de ser Dios aquel Hombre tan Santo, tan portentoso, tan humilde, tan sabio? ¿Quién sino un Dios hubiera podido vivir y morir como él? ¿Quién sino un Dios hubiese enviado á unos hombres ignorantes y sencillos á conquistar el mundo? ¿Quién les hubiera dado fuerza y aliento, fe y esperanza? ¿Quién hubiera trocado su cobardía en intrepidez, su rudeza en sabiduría? ¿Qué hombres se habían congregado jamás al pie de un cadalso, para proclamar que el reo era Dios, y para predicarlo así á todas las gentes y para dar su vida en testimonio de su predicación?

Por cierto que, como se ha dicho ya mil veces, sólo la vocación de los Apóstoles bastaría para probar la divinidad de Cristo. Testigos de su vida y de su muerte, de sus milagros y de su resurrección, su testimonio, que todos sellaron con su sangre, es verdadero. No les ofreció Jesús ni les dejó en herencia dignidades ni honores, riqueza ni poder; sino ignominias y pobreza, persecuciones y martirio. Y así marchan contentos, sin otras armas que la Cruz, ni otros ejércitos que su palabra; y surcan los mares, y cruzan las cordilleras, y llegan á las regiones remotas de la India, y vienen á España, y establecen en la Roma de los Césares un reino que dura después de diecinueve siglos de combates y de ruinas.

El suceso es sin semejante; único en la historia, por su origen, por su naturaleza, por sus circunstancias y por sus resultados. Si en el orden eterno y divino la Redención es la armonía suprema entre Dios y el hombre, en el orden social y humano es asimismo el complemento de toda perfección y el fin de todos los problemas. Lucharán la ignorancia y las pasiones contra la obra de Cristo; pero si los hombres han de ser libres, será en Él y por Él; en Él y por Él han de ser hermanos; en Él y por Él ha de ser santa la familia, noble el hijo, honrada la esposa; en Él y por Él será aceptada y aceptable la autoridad y hermosa la obediencia; por Él acabarán la esclavitud y la tiranía, las castas y los odios, la ignominia y servidumbre de los pobres y la barbarie y crueldad de los potentados; por Él será posible una vida social digna de hombres, y no la antigua de víctimas y verdugos, ó de fieras que se despedazan.

Si el mundo no goza en toda su abundancia y hermosura de estos frutos de la Redención, culpa es de su ceguera y de su malicia. Ante los ojos tiene, dentro de la Iglesia de Cristo, resueltas por el amor todas las cuestiones, y Él los cierra para seguir libremente el camino de sus concupiscencias. Le enseñan con el ejemplo, y resiste soberbio la imitación; le hablan de humildad, y se deja arrastrar



por el orgullo; de paciencia, y aborrece los dolores; de amor, y le encadena el egoísmo; de abnegación y sacrificio, y está sediento de dominación y de placeres.

Así se explica que el mal, aunque vencido, no haya sido desterrado del mundo. Pero los que quieren ser salvos y libres, lo son y pueden serlo siempre en Cristo. Su doctrina tiene una virtud para cada desorden; un lenitivo para cada pena; una esperanza para cada infortunio. Y su Iglesia, en medio de los hombres imperfectos y a pesar de la imperfección de sus hijos, es modelo de perfección. Unidad absoluta en su jerarquía; santidad absoluta en sus dogmas y en su moral, esparce por toda la tierra los gérmenes de todas las virtudes, y llena los pueblos de toda suerte de beneficios. Al pobre y al enfermo les da socorro y alegría; al esclavo libertad; al oprimido consuelo y amparo; al poderoso entrañas de misericordia. ¿Cómo un cristiano, digno de este nombre, ha de mirar con desprecio, ni oprimir al desvalido, sabiendo que es hermano suyo, redimido por la sangre de un Dios que está muy especialmente en los pobres y en los humildes, de quienes será vengador inexorable? ¿Cómo ha de mirar con horror el trabajo y las privaciones, un discípulo del que, siendo Rey universal de lo criado, se anodó hasta tomar la forma de siervo, y vivió del trabajo de sus manos, y careció de todo, sin tener ni una cueva propia, como la tienen las raposas del bosque, y murió confundido con los facinerosos, en los tormentos y afrentas de un patíbulo?

¡Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los misericordiosos; bienaventurados los que lloran y sufren persecución! Estas palabras no las había oído el mundo hasta que las pronunció Cristo, que, viviendo pobre y perseguido, y muriendo desnudo y atormentado, confirmó su divina verdad, suprema esperanza de los que moran en este desierto de tribulaciones.

En vano se fatigarán los entendimientos para buscar luz fuera de ésta, y los corazones para encontrar otra paz. Donde no reina Cristo hay tiranía en el que manda y rebelión en el que obedece: donde su ley no es acatada hay abuso en el poder; despotismo en la fuerza; afán de goces presentes; repugnancia al sufrimiento; deseos insaciables; espíritu de venganza; delitos y crímenes; rencores, odio y guerra incesante entre los hombres. La moderna lucha entre el capital y el trabajo, entre los pobres y los ricos, no es más que un efecto lógico del olvido en que está la doctrina evangélica. Si no hay Dios; si Cristo no es Dios; si no hay más vida que la vida terrenal, ¿cómo ha de tener piedad y generosidad el poderoso? ¿Cómo ha de vivir contento el que sufre y padece? ¿Cómo ha de resignarse a las privaciones y angustias? ¿Quién podrá evitar que se lance sobre los bienes que están a su vista, con el ímpetu del tigre hambriento que se arroja sobre su presa?

No; la economía, la ciencia toda y todo el poder de los hombres, no sabrán conjurar el conflicto que tiene en perpetua alarma a los pueblos. La solución está en el amor, en la caridad, en la virtud; y la ciencia humana no da estos frutos. Sin ellos, el mundo será un vasto campo de batalla en que la fuerza sola decidirá; y ¡ay! de la sociedad si en vez de la palabra de Cristo que dice: «Amaos los unos a los otros como hermanos», sólo se oye el grito salvaje del egoísmo que proclama la lucha por la existencia. Ruinas y sangre, catástrofes y desolación, será lo único que, apartados de Cristo, obtendrán los humanos esfuerzos.

Sin Cristo, los cimientos de la casa son arena deleznable, y débil y roto vallado los muros de la ciudad. El solo es fortaleza verdadera y seguridad inviolable. Fía el príncipe en sus ejércitos, y su propio palacio alberga al rencoroso que le asesina: descansa el poderoso en sus riquezas, y alimentan a los monstruos que las reducen a cenizas en un instante. Y el problema continúa en pie, sombrío y terrible, después de venganzas estériles; y sigue el mundo lleno, más lleno aun que antes, de pobres, de oprimidos y de desgraciados.

La ceguedad de entendimiento, la perversidad de corazón que hay entre los hombres da espanto. ¿De qué os extrañáis, ricos sin piedad, que habéis arrancado la fe al pobre, quitándole la esperanza en un mundo mejor, y la paz y la alegría en las penas? ¿De qué os quejáis, si habéis cometido inicuos despojos para allegar riquezas, y no vivís sino para aumentarlas? ¿Adónde os volvéis, si dejáis y abandonasteis a Cristo? Pedid, pedid hierro y fuego y soldados que os defiendan: un día se volverán en favor de vuestros enemigos. Y vosotros, pobres sin virtud, que huís del dolor y aborrecéis la privación, y tenéis el alma llena de rencores, ¿qué esperáis, desdichados, si al fin de vuestro triunfo sólo hallaréis mayores privaciones y tormentos? ¿Adónde vais le-

jos de Cristo, único maestro y amigo de los que sufren, y lejos de su Iglesia Santa, única amparadora de los pobres? La desigualdad social es condición de la vida: con la ley de Cristo puede hacerse ligera y suave. Buscad y busquen los de buena voluntad el remedio a los males que os aquejan: y donde el remedio no alcance, supla la fraternidad cristiana, y no os pese tener, al cabo, que sufrir por el amor del Dios que os redimió y os consolará.

La tierra no es mansión de delicias, sino lugar de destierro. Esta sencilla verdad, patente a los ojos de todos, es la clave del enigma. Si os empeñáis en prescindir de ella, el enigma será indecifrabable y la esfinge os devorará. Ricos: tened misericordia; pobres: tened resignación. Os lo pide, os lo manda la Bondad infinita, la Sabiduría eterna, que os dió el ejemplo en su vida mortal, y que sabe los caminos del bien y los medios para alcanzarle.

*Consummatum est!* dijo esa Eterna Sabiduría. No hay más allá: no hay más que saber y descubrir en orden a la dicha humana. Trabajad, sed perfectos; pero como vuestro Padre que está en los cielos. Si miráis a otra parte, en lugar de la perfección y de la felicidad, volveréis a encontrar los horrores de la barbarie y las sombras de muerte de que fueron libres los hombres por el sacrificio de Jesús.

FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

## LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN

(Continuación.)



elo por las supersticiones paganas y la magia, impulsó a Adriano a proclamar la proscripción de los cristianos, llegando hasta el extremo de colocar ídolos en los lugares consagrados por la cuna y la tumba de Cristo; entre las principales víctimas figuran los Pontífices Alejandro, Sixto y Telesforo.

En el reinado de los Antoninos, los mejores príncipes y los mejores hombres, como los llama Gibbon, no faltaron mártires; y si el impío no ordenó nuevas persecuciones, cometieronlas por sí los magistrados y sacerdotes, fundándose en leyes anteriores. Marco Aurelio los persiguió como reos contra la religión; hacia el fin de su reinado le parecieron sospechosos y publicó un decreto que, aunque en realidad sólo castigaba a los nuevos adeptos, fácilmente se extendía a los demás, especialmente a los encargados de conversiones; la persecución que empezó en Egipto pronto se extendió a todo el Imperio; doce cristianos de Escila, en Africa proconsular, sufrieron el martirio sin exhalar una queja; influyendo su heroísmo en los gentiles, abrazaron muchos la religión cristiana. A la muerte de Severo, adquieren tanta preponderancia que pudieron erigir iglesias, comprar terrenos en Roma y hacer las elecciones de sus jefes. El Emperador Alejandro les admitió en palacio como sacerdotes y filósofos, y los Obispos y Doctores obtuvieron su favor.

Poco tiempo dura esta tregua: al subir al trono Maximino se enciende de nuevo la persecución; las valerosas milicias de Cristo siguen a pie firme en las trincheras, defendiendo sus creencias; ante su heroísmo son impotentes los tormentos de los tiranos, porque como dice Tertuliano (*Apología*) «semilla es la sangre de los cristianos.»

La peste que diezaba al Imperio en el reinado de Decio fué el pretexto para volver a perseguir a los cristianos, pues ya era cosa admitida atribuirles todas las calamidades; la superstición de los paganos se ensañaba en las víctimas inocentes, fueron muertos o desterrados los principales Obispos, y durante 16 meses estuvo vacante la Sede del Pescador por no permitir al clero los paganos la elección. Se exageraba la crueldad después de atormentarlos en el caballete, y con planchas de hierro enrojecido, el juez les hacía untar con miel y después los exponían al sol para que se los comiesen las moscas. A un cristiano que estaba en el rigor de su juventud le colocaron en un jardín delicioso, atado frente a frente de impúdica cortesana, y él entonces arrancóse la lengua con los dientes y la arrojó al rostro de la impúdica.

Al fin del reinado de Valeriano se persiguió también a los cristianos; entre los mártires hubo ilustres víctimas, como los Pontífices Esteban y Sixto; llamado el diácono Lorenzo para que descubriese los tesoros de la Iglesia, presentó una multitud de pobres, por lo cual fué quemado a fuego lento. Galieno suspendió la persecución y aumentó tanto el número de los cristianos, que hubo necesidad de erigir nuevas iglesias; arrebatados por su celo los valerosos campeones de Jesucristo, impugnan al

paganismo demostrando su falsedad; se verifica una especie de reacción; el paganismo parece que adquiere nueva vida, son los últimos destellos de la luz que se apaga; se reanima la veneración a las antiguas fábulas; se celebran con más pompa que nunca los sacrificios; se introducen nuevos ritos; Galerio tiene una entrevista con Maximiano en Nicomedia para tomar una resolución respecto a los cristianos, y resuelven extirpar esa secta que, propagándose independientemente en el corazón del Estado, embaraza la acción de los poderes públicos y puede amenazar su existencia. Habiendo penetrado a la fuerza en la iglesia de Nicomedia el prefecto del Pretorio el día de las fiestas terminales, y no encontrando en ella objeto alguno del culto, quemaron la Sagrada Escritura y demolieron el templo.

El día siguiente se promulgó la proscripción de los cristianos en las provincias del Imperio, se destruyeron las iglesias, se impuso pena de muerte a los que frecuentasen las reuniones secretas de los cristianos, se mandó entregar los libros sagrados para quemarlos solemnemente, disponiéndose además la venta inmediata de los bienes eclesiásticos o su adjudicación al fisco; los que se negaban a sacrificar a los dioses, si eran ingenuos se les privaba de los honores; a los esclavos se les negaba la libertad; en una palabra, se ponía a todos los cristianos fuera de la ley.

Según Lactancio, se aprisionaba a los sacerdotes y a todos los ministros de la religión, y sin oírles ni interrogarles se les conducía a la muerte; se condenaba a las llamas sin distinción de edad ni sexo; como era grande el número de cristianos, eran amontonados en la hoguera; los siervos eran arrojados al mar; a nadie perdonaban los tiranos; sentados los jueces en los templos obligaban a todos a sacrificar; estaban llenas las cárceles; en las provincias se hacía competencia al lujo de crueldad que se desplegaba en Nicodemia; temiendo en una ciudad fría que los cristianos se opusieran a la publicación de los decretos de persecución, se dirigió a ella un cuerpo de legionarios; refugiados en una iglesia los cristianos, murieron en medio de las llamas que consumieron el templo. Orillo, niño de pocos años, de Cesarea, estaba siempre nombrando a Jesús, por lo cual llegaron a odiarle muchos de su edad; su padre le arrojó del hogar; llamóle el juez, y en vano empleó con él lisonjas y amenazas; el niño se mantuvo firme, y le dijo: «Las reprensiones me regocijan, porque Dios me aplaudirá; expulsado de mi casa, tengo otra mejor.» Teniendo noticia el juez de que no se había asustado a la vista del fuego, lo mandó al suplicio. Sería interminable referir los actos de heroísmo que tuvieron lugar en esta persecución.

Al subir al trono Constantino, por política, según unos, por convicción, según los más, expide el decreto de tolerancia religiosa; ya pueden salir los cristianos de las catacumbas y profesar libremente su religión. La Iglesia se dedica a fijar la disciplina y extender el reino de Jesucristo, que es su principal misión; el Imperio parece reorganizarse bajo Constantino; pero a su muerte, el anillo de hierro que sujeta a los pueblos conquistados, consumido por el orín del tiempo y por la indolencia de los Príncipes que ocupan el trono, amenaza romperse; el poderoso gigante del Imperio parece un enfermo próximo a sucumbir.

La barquilla del Pescador que ha tenido algunas horas de bonanza, siente que de nuevo avanza la tempestad, amenazando sumirla en el abismo; bajo el reinado de Juliano sopla de nuevo el viento de la persecución, pero artera é hipócrita; no son ahora los cristianos conducidos al anfiteatro, porque su perseguidor no quiere concederles la gloria del martirio; la guerra es sorda, se esgrimen contra ellos las armas innobles de la calumnia y de la difamación; se quiere fomentar el paganismo, modificándolo é introduciendo en él una falsa caridad, para ponerlo en condiciones de luchar con la Iglesia; pero la caridad no se impone, brota espontáneamente del corazón que cree y ama al calor de las sublimes enseñanzas de Jesucristo.

El paganismo es un cadáver, y Juliano carece de la virtud de Jesucristo para decirle: «levántate y anda;» en su impotente rabia se declara protector de los judíos, y para dar un golpe de muerte a los cristianos resuelve reedificar el templo de Jerusalén, dando así un mentís a la profecía del fundador de la Iglesia; como si la palabra de Dios pudiera faltar! Al abrir los cimientos estalla un volcán que desmorona la montaña, viéndose obligado a desistir de su empeño; continúa luchando, sin embargo, y al morir atravesado por la flecha de un partho, se ve precisado a confesar la victoria del Galileo.

A la muerte de Juliano se acentúa la descomposición del Imperio; los pretorianos quitan y ponen emperadores que frecuentemente riegan con su sangre el trono.





LOS PRIMEROS CRUZADOS, A LAS ÓRDENES DE GODOFREDO DE BOUILLÓN, DAN VISTA A JERUSALÉN.



En el reinado de Teodosio, las hordas salvajes del Norte de Europa pasan las fronteras y amenazan á la ciudad de los Césares; Estilcón les sale al encuentro, y trabada la batalla en los campos Cataláunicos se salva el Imperio; á la muerte de Estilcón tiene lugar otra nueva invasión, y los godos, los vándalos y los alanos, se precipitan sobre el Imperio, barriendo como el huracán cuanto encuentran al paso; penetran en Italia, llegan á las puertas de Roma: ¿se defenderá la señora orgullosa de las naciones? degradada, envilecida, yerto el corazón, se siente morir, sin pensar combatir; manda sus parlamentarios á Alarico, y habiéndole dicho que en Roma había mucha gente para defenderla, les contestó: «cuanto más espesa está la hierba, mejor se siega.» Roma cree conseguir la libertad sacrificando sus te-

soros, pero cuando ve conjurado el peligro, caen sobre ella las hordas de Alarico como una bandada de aves de rapiña: ¡grande ha sido tu abominación, segunda Babilonia, pero grande es también tu castigo! Dieciséis días duró el saqueo, los palacios de mármol de los patricios, los baños y el Capitolio, se derrumbaron á impulso del hacha de los bárbaros; sólo se salvaron los templos y las reliquias de los mártires cristianos, que Alarico mandó respetar.

En el cataclismo general que pesa sobre Europa, ¿qué será de la Iglesia? ¿Zozobrá en el revuelto oleaje que envuelve á la sociedad? No, porque su sublime doctrina se eleva sobre las miserias del polvo de la tierra; los bárbaros escuchan con admiración la palabra de una religión que predica el amor de los hombres, el perdón de los enemigos, y al

contemplar la mansedumbre y dulzura de las costumbres cristianas, al ver á los cristianos reunidos en sus templos, pedir la protección divina en las azarosas borrascas de la vida, al verlos cruzar serenos el accidentado camino de la vida; con la vista fija en el cielo y la sonrisa en el corazón, sienten disiparse su fiera y desean profesar esa religión que tiene para cada dolor un consuelo, para cada situación difícil de la vida una esperanza; la Iglesia católica los acoge con amor, les enseña que la humanidad es una gran familia, en la que todos los hombres son hermanos, que tienen un mismo padre, Dios, que ama tanto á sus hijos, que por ellos se hizo pequeño y descendió de la luz eterna á las tinieblas de la tierra, trayendo á sí la vida á los hombres que yacían al borde del abismo, les dice que



para agradar al Padre celestial es preciso ser limpio y humilde de corazón y cumplir con su ley, que se resume en dos artículos: amar al Padre celestial sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo. La gracia á los altivos corazones de los fieros hijos de las religiones y regenerados por el bautismo de Jesús, se alistan en las milicias cristianas; entretanto la Iglesia sigue cumpliendo con fidelidad su misión salvadora, ganando almas para Jesucristo, y cuando Clodoveo en la Galia y Ataulfo en España deponen sus errores y reciben el bautismo, la esfera de acción del Cristianismo se ensancha, y los pobres y desvalidos tienen quien les ayude y les consuele como una madre siempre dispuesta á enjugar sus lágrimas.

EDUARDO E. SÁNCHEZ.

(Se continuará).

#### EL ARTE CRISTIANO EN ITALIA.

**H**ACE algunos años que contaminada la crítica artística del mal espíritu de la revolución moderna, ha dado en oscurecer las glorias del Catolicismo en la región purísima de lo bello, tergiversando los hechos y trastornando las ideas que enseña la historia del arte estudiada en sus monumentos. Tain, Renan, Mi-



EXCMO. É ILMO. SR. D. NARCISO MARTÍNEZ IZQUIERDO, PRIMER OBISPO DE MADRID,  
Asesinado el domingo de Ramos á las puertas de la Catedral.

chelet, Viardot y otros escritores afiliados á la escuela revolucionaria, han pretendido demostrar que las bellas artes no desplegaron las alas de su inspiración, ni seremontaron, por consiguiente, á las altas esferas de lo bello, sino cuando rompieron las trabas que les imponía el dogma católico, y libres y emancipadas se echaron por todos los campos del saber humano, y por todas las regiones del globo en busca de aquella inspiración arrebatadora á quien se deben las grandes obras del arte. « Cuando se empieza á comprender las palabras de libre examen, de libertad civil y de dignidad humana, ha dicho Viardot en un libro muy generalizado, entonces es cuando vuelven por fin la independencia y la personalidad del artista. »

Afortunadamente, estos falsos juicios de la crítica impía no han producido todo el resultado que sus autores se prometían al concebirlos y propagarlos, entre otras razones, porque sería necesario cerrar los ojos á la luz de la evidencia para desconocer los grandes beneficios que ha hecho á las artes el Catolicismo, cuando el mundo está lleno de producciones maravillosas que son admiración de los pueblos y gloria de las naciones. Sin embargo, á fuerza de repetir en libros y periódicos la idea, á fuerza de enseñarla en universidades y liceos, no puede negarse que ha ejercido alguna influencia sobre la juventud inexper-



VISTA GENERAL DE PANAMÁ DONDE HA DE COMENZAR EL CANAL INTEROCEÁNICO



ta, y muy especialmente sobre la ignorancia audaz y presumida.

Si no se ha acreditado por completo la idea, porque esto era imposible, de que las artes han vivido durante los siglos medios aherrojadas al yugo opresor de la Iglesia; si no ha logrado carta de naturaleza en los estudios artísticos la absurda doctrina del arte libre y emancipado, al menos se ha introducido entre los artistas modernos al espíritu de esos errores con el pretexto de ensanchar los horizontes de su inspiración por todos los siglos y los pueblos conocidos, y por todas las religiones y civilizaciones que han existido en el mundo. «No encerréis, se ha dicho a los artistas, vuestro genio fecundo en los horizontes bellos, pero limitados, de las religiones positivas; no sometáis vuestra inspiración poderosa al yugo de los dogmas y a los preceptos de la moral cristiana; vuestro horizonte es el universo, vuestro alas el espíritu humano libre de opresoras trabas; desde lo infinito y lo eterno que columbráis en las sombras de la duda, hasta lo limitado y lo transitorio que domináis con vuestros ojos, todo os pertenece, porque el mundo del arte no tiene fronteras.» En este sentido se ha predicado a los artistas la emancipación del arte, y por tales caminos se les ha querido y quiere llevar a su descrédito y a su ruina. Pero la crítica racionalista necesitaba apoyar con hechos sus doctrinas, y, a falta de hechos verdaderos, ha tenido necesidad de inventarlos. De aquí esos juicios tan descabellados, tan absurdos, sobre las grandes obras del arte, y especialmente sobre la pintura italiana, de que nos dan ejemplo los libros de los autores antes citados. Mirando los hermosos cuadros de los pintores del siglo XVI, al través de las preocupaciones de la escuela racionalista, claro está que han perdido las maravillosas tintas que en ellos derramó el pincel de los artistas cristianos. Quién ha visto en las espirituales tablas de Giotto y de Fray Angélico «el despertar de la vida profana, la libertad que se dilata en pleno sol, la humanidad saliendo de los hipogeos» (Renan); quién descubre en las abultadas formas y gruesa musculatura de las figuras de Miguel Ángel, la expresión enérgica y reprimida del genio de este artista, subyugado a los dogmas intolerantes de la Iglesia (Tain); quién hace a Rafael enemigo de los Papas, y al Dominiquino pintor pagano, porque pintó la *Cacería de Diana*; y sería necesario un gran volumen para enumerar solamente los errores que acerca de la vida de los grandes artistas, y sobre todo, acerca del carácter y mérito de sus obras, han propalado los críticos racionalistas en su afán de adulterar la historia del arte, para quitar al Catolicismo la gloria de haber inspirado sus más notables e insignes producciones.

Gracias a Dios, un gran crítico católico, el sabio Río, ha vindicado al arte cristiano de estas acusaciones, y con su obra que lleva este título, ha prestado a la pintura italiana y al arte en general un importantísimo servicio. Siguiendo tan autorizadas huellas, es necesario que los artistas modernos vayan aprendiendo a desmentir con su propio juicio esos errores de la falsa crítica artística, errores funestísimos para su genio y para el gusto del público que ha de juzgar sus obras. Es preciso que desconfíen de los juicios emitidos por escritores apasionados, y que aprendan a conocer por sí mismos las grandes obras del arte cristiano, para que admirando sus incomparables bellezas, sientan el poderoso atractivo de la gloria que en ellas resplandece. Un viaje por las ciudades de Italia puede muy bien desvanecer sus preocupaciones, y hacerles comprender el saludable influjo que la Iglesia ha ejercido siempre sobre el genio de los artistas y sobre el progreso del arte.

¿Quién ha hecho más que los Papas por desenterrar las obras del arte antiguo sepultadas bajo las ruinas de los monumentos que demolió la barbarie, y por fomentar los adelantos del arte moderno, abriendo a los artistas sus iglesias y sus palacios para que depositasen en ellos los admirables frutos de su ingenio? ¿Quién ha levantado al saber y a la virtud más monumentos, y reunido en torno suyo más brillante y numerosa pléyade de pintores, de escultores, de arquitectos y de poetas para que los embelleciesen con las galas de todas las artes reunidas y diesen en espectáculo al mundo la belleza que el Cristianismo ha traído a la tierra para levantar el corazón de los hombres hacia las altas y purísimas regiones del cielo, donde reside y resplandece la fuente de todas las artes, principio, centro y fin del mundo universal de lo bello?

Confundidos con los nombres de Rafael y Miguel Ángel, aparecen en la historia del arte los de Julio II, León X, Clemente VII, Paulo III, Julio III, Paulo IV y Pío IV, Pontífices de la Iglesia y grandes protectores de la cultura de su tiempo. Paulo III fué el que inspirado por el mismo Dios, según la frase vehemente de Vasari, nombró a Miguel

Ángel arquitecto de San Pedro, para que erigiese en los aires el panteón de Agripa; Julio II, quien dió el encargo al mismo artista de pintar el techo de la capilla Sixtina, enriquecida ya con obras de Signorelli, Botticelli, Rosselli y el Perugino, y a quien se deben las maravillosas pinturas que cubren las *Estancias* del Vaticano, las obras más notables de Rafael, íntimo amigo de los Papas y de los Cardenales, de quien recibía la profunda erudición bíblica y teológica que resplandece a maravilla en sus mejores cuadros. ¿Pero dónde vamos a enumerar los beneficios que han dispensado los Papas a los grandes artistas de todos los tiempos, si para esto sería necesario recorrer la historia entera de la Iglesia, desde León III, que salvó los monumentos de la Roma antigua de los estragos de Atila, hasta León XIII, último restaurador de las artes en la Roma moderna?

Para acabar de persuadirse de la saludable influencia que la Iglesia ha ejercido sobre el arte, no hay como recorrer los ricos museos de Italia. Allí se verá a qué género pertenecen las obras más notables de los artistas educados en sus escuelas, desde los pintores bizantinos que crearon la primitiva escuela de Pisa, como Giunta, Ventura, Orcagna, Berlinghieri, Margaritone, y llenaron las iglesias con sus Virgenes y cuadros religiosos, donde al través de la rigidez de las formas y de la sequedad de los tonos resplandecen un candor y una pureza sin iguales, hasta los restauradores del gusto antiguo en los tiempos modernos, como los pintores protestantes Owerbeck y Vogel, Mueller y Cornelius, que han rendido al Catolicismo el testimonio de su amor, abrazando primero sus dogmas y dedicándole luego sus producciones maravillosas.

Imaginaos por un momento que el arte italiano tratase de celebrar un certamen para premiar a sus más brillantes ingenios, ¿dónde se erigiría el tribunal sino en las *Logias* y *Estancias* del Vaticano, cubiertas con las pinturas cristianas de Rafael de Urbino? Allí acudiría Fray Angélico, con su *Descendimiento de la Cruz*; Masaccio, con su *Martirio de San Pedro*; Perugino, con su *Enterramiento de Cristo*; Andrea del Sarto, con su *Disputa sobre la Santísima Trinidad*; Leonardo, con su *Cena*; Tiziano, con su *Muerte de San Pedro Mártir*; Tintoretto, con su *Milagro de San Marcos*; Pablo Veronés, con su *Martirio de Santa Justina*; Corregio, con su *Ascensión*; Mantegna, con su *Santa Eufemia*; Bellini, con sus *Virgenes gloriosas*; Caravaggio, con su *Descendimiento de la Cruz*; Giorgione, con su *Alegoría Mística*, y otros muchos pintores de las diferentes escuelas italianas, unos brillando por la magia del colorido, otros por la corrección del dibujo, quién por los efectos del claro oscuro, quién por la gracia de la composición, pero todos, absolutamente todos los grandes pintores sobresaliendo en los asuntos religiosos: horizonte lleno de luz, donde sus pinceles recogían los más hermosos colores que jamás se vieron, y su genio se elevaba a la más alta y sublime inspiración artística. Reunidos en este augusto certamen los príncipes de la pintura italiana, ¿quién había de presidir el tribunal sino Julio II, el amigo y protector de Rafael, a quien deben las artes joyas incomparables? Y cuando se dictase el fallo y se proclamase a los vencedores, ¿quién había de anunciar sus nombres a las naciones sino el pintor de *El Juicio final*, desde lo alto de la cúpula de San Pedro?

De este modo, el arte italiano da testimonio de la belleza del dogma católico, y ciñe a las sienas de los Papas la corona de la civilización verdadera, hija de la Cruz, que ha redimido al mundo y ha derramado sobre los hombres la luz de la belleza increada, madre del arte. Trabaje cuanto quiera la crítica racionalista por borrar de los lienzos admirables de la pintura italiana la Cruz que en ellos brilla como el sol en el cielo. ¡Pretensión vana! El arte cristiano disparará con la luz de su belleza las sombras que sobre él arroja la impiedad, y de generación en generación se transmitirán sus obras para que todos los pueblos las admiren y todos canten la gloria de Dios y el triunfo de su Iglesia.

M. PÉREZ VILLAMIL.

## LOS DOS CAPULLOS

A las orillas de un lago  
Un fresco rosál se alzaba,  
Y su frente contemplaba  
Dentro del puro cristal,  
De las transparentes aguas  
Que sobre el musgo dormían,  
Y que del sol recibían  
Rayo de luz celestial.

El rosál estaba henchido  
De complacencia y orgullo,  
Porque dió a un rojo capullo  
La vida con su poder;  
Y en las aguas lo miraba  
Con indecible cariño,  
Como una madre ve al niño  
Que de ella vino a nacer.

Era en verdad el capullo  
Fiel dechado de belleza:  
En él la naturaleza  
Quiso extremar su primor;  
Sus pétalos eran fuego;  
De perfume era un tesoro,  
Y su pistilo del oro  
Brillaba con el fulgor.

Las hojas le rodeaban  
Como para guarecerlo,  
Del que intentara ofenderlo,  
Y el leve tallo tronchar.  
Cerca del rojo capullo  
Otro puro y blanco había,  
Y que también poseía  
Hermosura singular.

Los pétalos eran nieve,  
Como la que el campo alfombra,  
Y ni la más tenue sombra  
Mancillaba su candor.  
Sobre su tallo inclinada  
La corola blandamente  
Esparcía suavemente  
Al aire su dulce olor.

Meció el viento los rosales,  
Los capullos se acercaron,  
Sus ramas se entrelazaron  
En estrecha íntima unión;  
Desde entonces, siempre unidos  
Mostraron ambos sus galas,  
Y ecos, el aire en sus alas,  
Traía de admiración.

¡Niñas! el capullo blanco  
De encantadora belleza,  
Es símbolo de pureza,  
Y el rojo, de caridad:  
Si siempre estas dos virtudes  
Tienen asiento en vuestra alma,  
Lograréis la doble palma  
Del tiempo y la eternidad.

M. DEL P. M.

## HISTORIA DE LAS FLORES

### EL NARCISO



GÉNERO de vegetales de la familia de las amarilis, tipo de la tribu de los narcisos, que comprende varias especies. Es una planta monocotiledónea, que ha dado su nombre a la familia de las *narcíseas* de Jussieu. En el sistema sexual de Linneo pertenece a las hexandrias ó de seis estambres, monoginia, de un solo pistilo. Su corola es monopétala, encerrada antes de su florecimiento en un involucro ó espata. La raíz es una cebolla tunicada, las hojas son radicales, lineales y acanaladas. La familia de las narcíseas se ha dividido en tres secciones: por los caracteres de sus hojas y según la inflorescencia, es uniflora, bíflora ó multiflora.

La elegancia de esta planta, suavidad de olor y variedad de colores, son los caracteres que las hacen apreciables: el cultivo forma sus flores dobles y sus numerosas variedades; conocidas desde la más remota antigüedad, sirven de adorno en nuestros jardines. Se han empleado en terapéutica, las hojas, flores, y sobre todo, las raíces ó cebollas del narciso. Se extrae de esta planta un ácido mucilago, tanino, resina y muriato de cal. Caventón ha encontrado una materia colorante amarilla, que se usa en pintura y tintorería. Se le ha usado como emético. Orfila asegura que el extracto del narciso de los prados tomado a altas dosis, causaría la muerte del hombre en pocas horas. Se atribuye al olor de la flor del narciso una virtud antiespasmódica, según una memoria de Dufresnoy publicada en 1808. Se ha empleado el narciso contra las enfermedades convulsivas, el tétano, la epilepsia, contra el coque-luche con resultado; en fin, contra la disenteria y las fiebres intermitentes.

Los orientales, que tanto aman el lenguaje simbólico, no le han olvidado; entre ellos el narciso es



aún medio de correspondencia entre los amantes ausentes; el narciso junquillo es el símbolo del amor triste.

Plinio y Plutarco, más amigos de la ciencia que de ficciones poéticas, han derivado narciso de naske, palabra griega que significa estupor, atolondramiento, letargo. En Oriente el nombre de narciso significa *servidor* y está tomado de la actitud de la flor, que parece que se inclina respetuosa, como los esclavos delante de su señor. El autor del Beharistan, el célebre Moula-Djumi, hace del narciso el símbolo del hombre que quiere consagrarse a Dios. Mas especialmente delante de la rosa, es cuando los poetas le representan en esta contemplación; porque la rosa es para ellos la imagen misma de la divinidad. «¿No ves, dice el poeta árabe Ebu-Tamín, la rosa sentada y el narciso inclinado delante de ella, pronto a servirla?» La misma idea se halla en una de las alegorías religiosas y morales de Azz-Eddin-el-Mocadessi. «Siempre delante de las flores, yo me complazco en contemplarlas, me entretengo con ellas a la claridad de la luna, soy constantemente su camarada. Mi belleza me da el primer rango entre mis compañeras, y soy, sin embargo, su servidor. Así aprenderá, quien lo desee, las obligaciones del servicio. Me ciño con el cinturón de la obediencia, pronto a ejecutar las órdenes, y estoy respetuosamente inclinado como un esclavo... Un tallo de esmeralda me sirve de base y forman mi vestido el oro y la plata. Mas cuando reflexiono en mis imperfecciones, no puedo menos de bajar con confusión mis ojos hasta la tierra.» El árabe Abou-Nawas exclama: «Admirador de las obras de la Providencia, ves en este jardín el narciso que, inclinado sobre su tallo de esmeralda y abriendo sus ojos de plata, semejantes al oro fundido, da testimonio, bajándose a todo cuanto le rodea, que nada es igual a Dios.» Y Haltz dice a su vez en una de sus más bellas composiciones: «Oh rosa, ¿dónde estás para que compare tu brillo con los gozos de mi alma? Oh narciso, ¿dónde estás para que tus ojos sean comparados a su mirada embriagada de amor?» (*Grand Dictionnaire universel du XIX siècle*, por Pierre Larousse.)

Al contrario que entre nosotros, el narciso simboliza el amor propio exagerado hasta el egoísmo y la necedad, significa para los orientales la modestia, la obediencia, el piadoso desprecio de sí mismo.

Narciso fué un personaje mitológico de los griegos. Hijo del río Cephiso y de la ninfa Liriope, nació en Tespias, ciudad de la Beocia, domicilio de las Musas, donde estaba la famosa estatua de Cupido, de mármol, hecha por Pónxteles. La belleza singular de Narciso le fué funesta. Teresias, según la versión de Ovidio, había predicho a su madre que llegaría a la vejez, si no se conocía. He aquí cómo se realizó este terrible horóscopo. Cuando el hermoso Narciso llegó a los 17 años, todas las ninfas a porfía solicitaban su cariño. Eco, ninfa encantadora, fué víctima del amor de Narciso y convertida en el eco. Como ella, otras muchas ninfas de las aguas, los bosques y los jardines: hasta el día en que una invocó el favor de los dioses para castigar su crueldad.

«Cielos, haced que ame un día, sin ser amado jamás.»

Nemesis atendió a sus ruegos, otros dicen que el Amor.

Un día que buscaba la frescura a orillas de una fuente el desdichado joven, vió su imagen y quedó enamorado de sí mismo.

Narciso al mismo tiempo se admira y es admirado, Narciso al mismo tiempo desea y es deseado, No sabe lo que ve, más lo que ve le inflama Y el error de sus ojos, pasa a su alma.

El desventurado se aniquila en esta contemplación y pronto tendido sin fuerzas en la espesa hierba, vuelve sus ojos moribundos a los bosques y los llama con extinguida y débil voz. He aquí el deleznable obstáculo que se opone a su felicidad: Apenas la ligera superficie del agua corriente.

Extraño destino, un poco de agua nos separa!  
¡Qué poca cosa destruye la felicidad de los amantes!

*Minimum est quod amantibus obstant*, dice Ovidio.

Narciso reconoce al fin su ilusión y pide la muerte; pero, ¿qué pide? La muerte lleva consigo el objeto de su amor. Los dioses se apiadan de él y le convierten en esa flor, porque lleva su nombre y que creciendo a orilla de las aguas, se inclina aún para contemplar su imagen.

Se han dado diferentes explicaciones del mito de Narciso. Por la semejanza de su nombre con el de la fuente Narkisson que se halla en la ciudad de Hedonación en los confines del territorio de Tespias. La roca que abrigaba esta fuente formaba un eco, y los narcisos crecían a sus orillas y habían dado acaso su nombre a la fuente. En su consecuencia, el

mito de Narciso fué inventado para dar un origen maravilloso a la fuente y sus flores, y en este sentido Narciso es un genio de las aguas. Es probable que la denominación dada a la fuente, sea por el contrario, un hecho posterior a la leyenda, unida por una causa religiosa al territorio de Tespias y que la fábula ha nacido simplemente de la imagen ofrecida por la flor inclinada sobre las aguas. Ya los antiguos habían constatado, que la existencia de los narcisos era anterior a la aventura del hijo de Liriope. Mucho tiempo antes, dice Pausanias, que Narciso el joven de Tespias naciese, la hija de Demeterco, cogiendo flores en una pradera, fué robada por Hades y estas flores que cogía y de las que se sirvió Hades para engañarla, fueron, según Pánphos, narcisos y no violetas.

El nombre del narciso significa narcótico, *estoy adormecido* y Sófocles la llama flor querida de las divinidades infernales. Se ofrecen a las Furias coronas y guirnalda de narcisos, sin duda para adormecerlas y aplacarlas. También se llama a esta flor *leirión*, uniéndola a la azucena, como la especie a su género, y este mismo nombre *leirión*, es origen del de la madre de Narciso, Liriope ó Lirivesa. Toda la leyenda parece nacida de la personificación de la planta. Esta opinión se confirma por el carácter infernal y funerario del narciso, carácter que se encuentra en el mito de Narciso, considerado como él era en la doctrina de los misterios. Planta encantadora, como dice Creuzer, de olor más fuerte que agradable, planta que lleva el sueño y el narcótico, de donde saca su nombre y sus epítetos y pasa por esto por la flor de la muerte y de los infiernos. En cadena a los que ha dejado estupefactos y les engaña en las profundidades húmedas donde ha nacido.

El narciso ha sido flor predilecta de los poetas. La imaginación griega había hecho vivir en ella un alma humana, enamorada de la belleza de su cuerpo. Ovidio la describe así:

*Nusquam corpus erat, croceum pro corpore florem.  
Inveniunt foliis medium cingentibus albis*<sup>1</sup>.

Don Agustín de Salazar y Torres le dedica la siguiente composición.

AL NARCISO.

En las ondas se veía  
Narciso enamorado,  
Y despreciando de otros el cuidado,  
En propio amor ardía.  
Apagada la luz del cuerpo hermoso  
En flor le llora el prado deleitoso.  
¡Oh jóvenes, huid de aquesta fuente!  
Su falsa no miréis, dulce corriente  
Adonde necio en un confuso abismo  
Quien no se conoció se amó a sí mismo.

AL NARCISO.

¿No le ves al doblarle  
Con blando soplo el aura,  
Cual azafrán que sobre  
Blanco alcanfor descansa?  
Ahí te muestra bien claro  
Con su hermosura varia  
Cómo la luz y el fuego  
Dulcemente se cansan.

EL CONDE DE NOROÑA.

En literatura hay varias composiciones dedicadas al narciso. *Narciso en la Isla de Venus*, poema en cuatro cantos de Malfilatre; *Narciso*, romance de Jorge Sand; *Narciso*, drama alemán de Brachvogel y otros.

En la cionografía hay numerosos dibujos y esta-

<sup>1</sup> Dice Fr. Luis de León en el *Cantar de los Cantares* describiendo al narciso: (cap. II v. 1). «Eres flor no de un aménísimo jardín, en que la mano del hombre desnaturaliza su primitiva forma y cambia todo su ser; sino del campo, donde abres tu perfumada corola a impulso de la juguetona y fresca brisa, que te columpia en el espacio... Porque modesta y sencilla en el apartado retiro del bosque, no pierdes tu lozanía ni se marchitan tus encantos; y el aroma embriagador de tus blancos pétalos, llega a mí purísimo, conducido por las auras de la mañana de Abril.»

Muchos son los intérpretes que han creído ver en el lirio de la Vulgata al narciso. Lo cierto es que la palabra hebrea *Schoschanadh*, significa flor de seis hojas, y de ahí que sea igualmente aplicable al narciso, al lirio ó a la azucena. Sprengel y Barreira, creen que la Escritura se refiere al narciso. (TALEGÓN: *Flora bíblico-poética*.)

<sup>2</sup> En la égloga I del cinto de Mantua, Melibee dice a Titiro (que se traduce planta pastoril): «Tú descansando a la sombra de un corpulento castaño, enseñas a los árboles el nombre de la hermosa Amarilis, representación de Roma, como Galatea lo era de Mantua, según Policiano. Vuelve a hablar Virgilio en la égloga II y en la V del narciso, y en la geórgica III de las abejas le indica como el manjar con que aquellas forman la miel. «*El succo narcissi ei viscoso glutinis cortisis*» Sófocles dice:

«El matizado narciso regado con el rocío celestial florece de nuevo para coronar a las diosas venerandas.»

Y Meleagro:  
«Ya florece la blanca violeta; florece el narciso del fresco arroyo, como las azucenas de los valles.» (Epigram. lib. VII v. 5.)

Pausanias, refiriéndose a los versos de Pánphio, indica que la flor más querida de la hermosa Proserpina siempre fué el narciso, que regaba cuidadosa en los jardines de los Campos Eliseos para distraerse de su vida monótona en el silencioso palacio del Averno. (J. G. TALEGÓN: *Flora bíblico-poética*.)

tuas de Narciso, entre ellos merece citarse la estatua antigua existente en la galería Barberini.

El narciso es una piedra preciosa del color de la flor con algunas venas de color de hoja de hiedra.

El nombre de Narciso le llevan San Narciso, Obispo de Jerusalén, muerto en 216; Narciso, liberto, Secretario general del emperador Claudio, muerto por orden de Agripina el año 54 de J. C.; el laureado poeta Narciso Serra y otros.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

## ROBESPIERRE

### Crónica dramática del Terror.

#### JORNADA SEGUNDA

##### LA CONSERJERÍA.

*Gran sala donde se reúnen los presos en la Conserjería. En el fondo, puerta de arco con reja de hierro por la que se ve el patio de la cárcel. En la izquierda, puerta pequeña que comunica con las habitaciones del Alcalde. A izquierda y derecha del foro, desembocan dos corredores. Del centro de la sala cuelga un farol. Encima de la puerta de arco central hay un reloj. Mesas y sillas toscas.*

##### Escena primera.

LUISA. TERESA.

TERESA.

¿Ha venido Enrique?

LUISA.

Le espero. La agitación que se nota hoy en París me tiene sobrecogida y llena de mortal inquietud. ¿Sabes algo de Tallien?

TERESA.

Hace días que no sé nada. Espero que me traiga Enrique nuevas suyas. Pero, ¿qué es lo que pasa?

LUISA.

Los carceleros cuchichean y nos miran con ojos más feroces que de costumbre. Ordinariamente todos estos nublados vienen a descargar sobre nosotros. Cuando la fiera ruge es que pide sangre.

TERESA.

¿No se hartará nunca? ¿Llevan hoy las carretas mucha carga?

LUISA.

Me ha faltado ánimo para preguntártelo; pero debe ser grande. (Llevándola hacia la reja del fondo.) ¡Mira!

TERESA.

¡Cuatro carretas! Convoy extraordinario.

LUISA.

Al atravesar los corredores oí sin quererlo los nombres de algunas de las víctimas... El venerable abate Fenelón...

TERESA.

¡Cómo! Un sacerdote de 89 años, ¡qué horror.

LUISA.

Nuestro ángel consolador... ¡La providencia de la cárcel! También les toca hoy su turno a las pobres monjas de Montmartre.

TERESA.

¡Qué dices! ¿A todas?

LUISA.

A la comunidad entera. El señor Fenelón las está preparando... Al dirigirme a esta sala, tropecé con la Abadesa, que me ha apretado la mano diciéndome con aire regocijado: hoy es el día de la libertad.

TERESA.

¡Cruelles!

LUISA.

He visto perorar en un grupo al marqués de Bondy, que es también de los sentenciados.

TERESA.

¿Aquel preso tan prudente que no se atrevía a hablarnos por temor de comprometerse?

LUISA.

Ahora echa llamas por los ojos y está organizando no se qué farsa, para burlarse de sus verdugos... Tendremos alguna representación fúnebre como la de la última noche de los girondinos.

TERESA.

Sí, aquí nos acostumbramos a jugar con la muerte. (Con aire sombrío.) ¡Hoy ellos, mañana yo!



LUISA.

(Tomándole una mano.)

¡Quién sabe...! Aun no has sido sentenciada.

TERESA.

Hoy debo comparecer ante el Tribunal, y mañana... (Con vehemencia.) ¿Pero no queda ya en Francia ni un solo corazón varonil? ¡Ah! Si yo fuese hombre...

LUISA.

Pero, ¿no esperas...?

TERESA.

No. Un acusado absuelto, parecería una burla hecha a la guillotina.

LUISA.

(Aparte.)

¡Tiene razón! (Alto.) Pero, ¡qué estruendo! ¿No oyes?

TERESA.

(Mirando hacia el corredor de la izquierda.)

Un grupo de presos se dirige hacia aquí... Delante viene el marqués de Bondy... ¿Qué es lo que traen arrastrando? ¿Un hombre? No; es un maniquí.

**Escena II.**

DICHAS, MAURICIO DE BONDY y detrás presos de ambos sexos que arrastran un muñeco vestido de hombre y con el traje de la época. Al llegar a la escena sientan el muñeco en una silla. Este trae sobre el pecho un cartel que dice con letras gordas: «MAXIMILIANO ROBESPIERRE.» Algunos presos se colocan en fila al lado del muñeco, los demás se agrupan al rededor dejando en el centro a MAURICIO DE BONDY. TERESA y LUISA permanecen separadas. Durante esta escena, otros presos atraídos por la curiosidad, salen de sus celdas y se reúnen con el grupo principal, menos el MARQUÉS DE SAN GERMÁN, que entra también y se une con LUISA y TERESA, las cuales contemplan la escena algo apartadas.

MAURICIO.

(Con tono declamatorio.)

Caballeros y señoras, ciudadanos y ciudadanas, republicanos y realistas, oid. Después de dos años de eclipse negro y total, el sol de la justicia brilla al fin en el horizonte francés. Se va a proceder solemnemente al castigo, del que ha venido a establecer en la tierra la fraternidad de Caín, y al cual, según la prisa que se da en mutilarnos, parece que toda la humanidad le lleva la cabeza. Aunque sus innumerables víctimas reclaman que se le envíe a los infiernos, por el método expeditivo de Fouquier Tinville, no hemos encontrado aquí ningún francés que haya querido encargarse de tan odioso papel.

UN PRESO.

¿Y para qué? Su juicio ya está hecho y su sentencia pronunciada.

OTRO.

Es verdad; pero al proceder a la ejecución del reo, no olvidéis, ciudadanos, que él ha ennoblecido y santificado la guillotina. No le deis la muerte de los mártires, sino la que el antiguo régimen reservaba para los homicidas. Muera pues aborrecido.

MUCHAS VOCES.

¡Sí, sí, a la horca! ¡Al farol! ¡A la linterna!

MARQUÉS.

(Se acerca a Mauricio y le dice en voz baja.)

Mauricio, considera que estas lúgubres niñerías suelen pagarse muy caras. Hoy es para ti un día de pensamientos serios.

MAURICIO.

(En el mismo tono.)

Marqués, ¿hay por ventura algo serio, ni en la vida ni en la muerte?

PRIMER PRESO.

Atención: ¿Quién de vosotros quiere ser el ejecutor de la sentencia? ¿Quién quiere ser verdugo de Robespierre?

VOCES.

¡Yo, yo! ¡Todos, todos!

(Tumulto.)

MAURICIO.

Ciudadanos, reclamo para mí este honor. Robespierre ha pasado por el filo de la guillotina a toda mi familia... Mi abuelo, mi padre, mis hermanos... (Silencio.) Además... (Sacando una cuerda del pecho.) Ya lo veis..., vengo preparado.

(Mauricio se dirige al maniquí y le ata la cuerda a la garganta.)

UN PRESO.

Falta una escalera.

OTRO.

Ahí está arrimada la del farolero de la cárcel. Voy por ella.

(Se dirige a uno de los corredores.)

OTRO.

(Encarándose con el maniquí.)

Dime, Robespierre: cuando no quedéis en Francia más que tú y el verdugo, ¿quién aplaudirá tus discursos?

OTRO PRESO apostado cerca del corredor de la derecha.

¡Vienen los carceleros!

OTRO que llega con la escalera.

Aquí está la escalera.

MAURICIO.

(Sube la escalera llevando en la mano uno de los extremos de la cuerda atada por el otro al cuello del maniquí. Descuelga el farol y pasa por el gancho la cuerda.)

Esta es la justicia que manda hacer el pueblo francés. Ciudadanos, recobrad el derecho a la vida.

(Tira del extremo de la cuerda y sube el maniquí colgado del cuello a ocupar el puesto del farol. Tumultuosos aplausos. Mauricio echa un nudo a la cuerda y desciende de la escalera.)

**Escena III.**

DICHOS, COCLÉS seguido de dependientes de la cárcel.

¿Qué tumulto es ese? ¿Quién se atreve a turbar de esta manera la tranquilidad de la prisión? (Fijando sus ojos en el maniquí.) ¡Por todas las furias infernales! ¡Robespierre ahorcado! (Sube la escalera apresuradamente y descuelga el maniquí.) Tomad el cuerpo del delito y al escribano de la cárcel que instruya inmediatamente proceso verbal. Cara han de pagar la burla sus autores. (Baja de la escalera.) Retirad la escalera e id a prestar declaración. (Interin Coclés descuelga el maniquí, los presos han ido saliendo por los corredores. Queda solo Mauricio que contempla a Coclés con aire burlón, y en la izquierda Luisa y el Marqués.) ¿Eres tú el director de esta horrible farsa?

MAURICIO.

Por la cual serás guillotinado, ciudadano Coclés.

COCLÉS.

¡Yo guillotinado! ¿Y lo dices con esa sorna...?

MAURICIO.

Sí, ciudadano Coclés, serás guillotinado y no tendrás más que lo que mereces. ¿Para qué te sirven tus espías y tus sayones? ¿Es esta la vigilancia que se ejerce en tus dominios? Cuando lo sepa tu patrón Robespierre, se pondrá contento.

COCLÉS.

(Furioso en ademán de echarse sobre Mauricio.)

Antes te enviaré yo a los infiernos, perro...

MAURICIO.

Detente: mi persona ya no te pertenece. Mi persona es inviolable y sagrada. ¡Cómo se entiende! Tú, primer carcelero de la Conserjería, ¿ignoras cuáles son entre tus huéspedes los que pasan a ser propiedad del verdugo?

COCLÉS.

Sí, es verdad... Ya lo había olvidado. Tú eres de la hornada de hoy.

MAURICIO.

Sí, voy a anunciar tu llegada. Robespierre no te perdonará esta burla. (Alejándose y riendo.) ¡Pobre Coclés! Parece un lobo con un hueso atravesado en el gástrico.

(Sale por uno de los corredores.)

COCLÉS.

¡Canallas, vboras! Son capaces de insultarnos aun después de muertos. (Al Marqués.) ¿Tú has tomado también parte en la farsa, momia insolente?

MARQUÉS.

(Con triste dignidad.)

Aquí no hay más que una mujer y un anciano. Puedes desahogar impunemente tu cólera.

COCLÉS.

¡Siempre la burla y el desdén en los labios! Y aun alza el gallo, viejo rebelde?

(Cogiéndole por la solapa y sacudiéndole con ira.)

**Escena IV.**

DICHOS, ENRIQUE

(que se precipita furioso sobre Coclés.)

ENRIQUE.

¡Qué miro! ¡Miserable! ¿Te atreves a poner la mano en el marqués de San Germán? (Lucha con Co-

clés y lo va empujando hacia la pared.) Ahora me las vas a pagar todas juntas, ¡verdugo infame...! Te he de hacer echar las entrañas por la boca...!

(Comprimiéndole la garganta con una mano y sujetándole con la otra.)

COCLÉS.

(Medio estrangulado.)

¡Socorro!

LUISA.

(Corriendo hacia Enrique con voz suplicante.)

¡Enrique!

MARQUÉS.

(Cogiéndole por un brazo y en voz baja.)

¡Imprudente!

ENRIQUE.

(Volviendo en sí y aparte.)

¡Ah! Disimulemos. (Suelta a Coclés que se queda mirándole con ojos entre espantados y recelosos.) Así es como desempeñas tu oficio, belitre? ¿No sabes que este espantajo de sangre azul, necesita llevar toda la que tiene, que no es mucha, a la plaza de las ejecuciones? ¿Quieres matarlo de un sofocón y privar a la patria de la ofrenda de un marqués descabezado? ¡Quítate de mi presencia! Yo le diré a Fouquier que no sirves para nada, ni siquiera para conservar en buen estado las carnes con que se ceba la guillotina.

COCLÉS.

(Retirándose y mirándole con ojos atravesados.)

Ciudadano Florval, ¡cómo las gastas...! Fouquier sabe que no tengo entrañas para los aristócratas... Parece que no sucede a todos lo mismo... (Aparte.) No te perderé de vista... patriota sospechoso... Tú me las pagarás.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

**CONFERENCIAS DEL PADRE VICENT**

EN LA JUVENTUD CATÓLICA DE VALENCIA



De una correspondencia de esta población que publica un periódico madrileño, tomamos el siguiente extracto relativo a las notabilísimas conferencias del Padre Vicent en la Juventud Católica de Valencia:

«Pero el acontecimiento verdaderamente excepcional, realizado en los salones de la Juventud Católica de Valencia durante los ocho últimos días, y que hoy pone la pluma en mi mano, lo constituyen las dos conferencias dadas por el Rdo. P. Vicent, de la Compañía de Jesús, sobre la siguiente tesis: *Triple testimonio de la fe, la ciencia y la filosofía, acerca del origen del mundo.*»

«Los dos domingos, una hora antes de empezar la conferencia, estaban ya casi llenos el espacioso salón de sesiones y los locales todos adyacentes. Más de 600 personas, hombres de carrera la mayor parte, han oído con atención y silencio profundos la contundente y erudita argumentación del sabio jesuita, el cual, sin un apunte en la mano, con frase vigorosa y castiza, y esforzando la voz para dejarse oír de muchas personas que no podían verle, disertó durante más de una hora cada noche, convenciendo, edificando y admirando a tan escogida concurrencia. Bien quisiera yo seguir paso a paso al P. Vicent, extractando, cuando menos, sus dos conferencias; pero como ningún periódico ha publicado ni siquiera una gacetilla acerca del asunto (cosa inexplicable, habiendo asistido tantos periodistas), ni yo anoté ni siquiera un nombre propio, ni una fecha, tengo que renunciar a mi deseo; diré, no obstante, lo que buenamente recuerde.

«Por vía de prólogo, comenzó su primera conferencia explicando los tres importantísimos conceptos de la fe, de la ciencia y de la filosofía, con exactitud, solidez y claridad grandes, para levantar luego sobre tan bien asentados cimientos el magnífico edificio. Consiste la fe en creer la verdad revelada. La revelación se encuentra contenida en la Sagrada Escritura. Todos sus libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, y todos sus textos fueron divinamente inspirados a los hagiógrafos. Habló extensa y elocuentemente acerca de la inspiración e interpretación de los textos bíblicos, combatiendo de paso las opiniones de Lenormand, y con el respeto debido del Cardenal Newman. Expuso las tres siguientes reglas de interpretación: 1.ª Las verdades bíblicas, definidas por los Concilios o por el Papa, son de fe, y no cabe interpretarlas de distinto modo que la Iglesia. Estas son pocas, cuarenta y una nada más, si la memoria no me es infiel. 2.ª Cuando una verdad bíblica no ha sido definida por la Iglesia, pero sí explicada por los Santos Padres y están todos acordes, también hay obliga-



ción de atenerse á esta interpretación. 3.<sup>a</sup> Pero cuando nada ha definido la Iglesia, ni nada dicen los Santos Padres, ó sus comentarios é interpretaciones son contradictorios, queda uno en libertad para interpretar el texto como guste.

Al efecto, hay que distinguir en la Biblia *verbum formale* y *verbum materiale*, y comprobó con multitud de pasajes bíblicos y de textos de los Santos Padres, especialmente de San Agustín y San Jerónimo, la existencia de estos dos *sentidos ó palabras*, advirtiendo que el *verbum formale* es totalmente inspirado, al paso que en el *verbum materiale* puede encontrarse algo que se atribuya exclusivamente al hagiógrafo. No quiso entrar en la gravísima cuestión de donde termina el *verbum formale* y empieza el *materiale*, y pasó á determinar el concepto de la ciencia.

Para que un conocimiento sea verdaderamente científico, positivo, se necesita que sea cierto y esté perfectamente probada su exactitud por medio de la prueba y contraprueba. La ciencia positiva rechaza toda hipótesis, toda probabilidad, y únicamente forma su cuerpo sistemático de doctrinas con leyes y hechos completamente ciertos y comprobados.

Por último, la filosofía se remonta á esfera más alta que las ciencias positivas, no se contenta como éstas con descubrir las causas inmediatas, las razones próximas de los hechos, sino que investiga las razones y causas remotas y últimas.

Ahora bien, ¿qué nos dice la fe acerca del origen del mundo? Lo siguiente nada más: *In principio creavit Deus cælum et terram*. ¿Qué nos dice la ciencia positiva? Ni una palabra, no lo sé. Preguntad á Laplace, Le Verrier, Faye, etc.; preguntad á los mismos sabios materialistas, que no quieren prescindir del método verdaderamente positivo, acerca del origen de la materia cósmica, de la nebulosa primitiva, y todos se encogen de hombros, nada saben. ¿Qué nos dice la filosofía? Que no hay efecto sin causa, y que si el mundo lo componen criaturas, prueba de que existe un Criador.

Pero nos salen al encuentro los pseudo-científicos, tales como Haectrel, Huxley, Molleschot, Büchner, etc., y nos dicen: es que la materia y la fuerza son eternas, y su evolución no tendrá fin, sin que necesitemos acudir á Criador alguno para explicar su principio.

Al terminar su primera conferencia refutó el Padre Vicent el absurdo materialista de la eternidad de la materia; pero como le faltase tiempo para remachar bien este importantísimo asunto, dedicó á él la mayor parte de su segunda conferencia.

Sabido es que la inercia es una propiedad por los sabios todos atribuida, con razón, á la materia, y conocidas son las dos leyes de la inercia. Ahora bien, ¿cómo queréis esa vuestra materia eterna en reposo? Pues por sí misma jamás hubiera cambiado su estado para ponerse en movimiento; como en efecto lo está. ¿En movimiento? Pues entonces se mueve hacia un término ó fin, y como (por confesión vuestra) este movimiento es eterno también como la misma materia movida, un término hacia el cual se tiende, un fin que se busca desde toda la eternidad, ya han debido encontrarse y alcanzarse; y por consiguiente los movimientos de la materia actual son inconcebibles. En ambos casos, pues, el supuesto de la eternidad de la materia es un absurdo.

No contento con este argumento incontestable acudió á la termo-dinámica, haciendo á la vez grandes y merecidos elogios de los jesuitas PP. Grimaldi, Carbonell y otros, para hacer de sus leyes aplicaciones concluyentes contra la eternidad en la materia. Son las siguientes: 1.<sup>a</sup> La cantidad de materia existente en el universo es constante. Se modifica, cambia de estado, se transforma; pero ni se aumenta ni se disminuye en un átomo.

Está perfectamente probada esta ley, y el Concilio Vaticano la ha hecho suya; pero de que la materia existente sea siempre la misma, sólo puede seguirse, que para aumentarla ó disminuirla se necesita un acto de creación ó de aniquilación de Dios, nunca que es eterna. 2.<sup>a</sup> En el Universo la energía es también constante, pues siempre existe la misma cantidad de energías potencial y actual: es decir, dicha suma es la misma por más que cambien los sumandos. Tampoco de esta ley se puede sacar argumento alguno á favor de la eternidad de la materia; antes al contrario, estos cambios de energía son propios de seres contingentes, pues el ser eterno y necesario es inmutable. Inútil es que los materialistas se refugien en el eterno movimiento-circular de la materia, pues este *processus evolutivo* no se concibe sin intervalos finitos entre evolución y evolución, y estas evoluciones é intervalos finitos, no pueden dar por resultado una suma ó *processus* infinito. 3.<sup>a</sup> La energía actual se convierte en térmica ó vibratoria. Cuando, pues, toda la

energía actual se haya convertido en vibratoria, será tan grande la distensión existente entre los átomos, que el mundo tornará al estado caótico, y habrá, por lo tanto, muerto. El *processus* evolutivo no podría empezar de nuevo, puesto que, careciendo ya entonces la materia de energía potencial, se necesitaría una nueva impulsión del Omnipotente para ponerla en movimiento.

Terminada la refutación de la doctrina materialista acerca de la eternidad de la materia, y aceptada la creación *ex nihilo* como único principio racional del universo, preguntó el P. Vicent: ¿Cuándo se efectuó dicha creación? ¿Cuántos millones de años han transcurrido desde entonces? ¿Qué nos dice la fe sobre esta nueva cuestión? *In principio creavit Deus cælum et terram*, y nada más, dejando en libertad á los fieles para que, por medio de la ciencia, averigüen si dicha creación ocurrió hace mucho ó poco tiempo.

Todo hace creer que este importantísimo acontecimiento tuvo lugar hace millones de años; pero nada puede fijarse con exactitud. Hacen verosímil aquella opinión los descubrimientos astronómicos y las distancias, ya medidas, que nos separan de algunas estrellas.

Entre otras cosas, dijo que el alfa del Centauro dista de la tierra de 8.000.000 de leguas, por lo que, caminando la luz 75.000 leguas por segundo, la luz de dicha estrella, que es la más próxima á nosotros, invierte en su camino 3 años y medio, y si viniese en tren expreso con velocidad de 60 millas por hora, gastaría en llegar á nosotros 60.000.000 de años. La Cabra, que tiene un radio 4.000 veces mayor que el de la tierra, dista de nosotros 170.000.000 de leguas, y, por consiguiente, su luz tarda 71 años en llegar á la tierra. Según el célebre Faye, los más potentes telescopios no han podido descubrir ciertas estrellas, de las que nos separan distancias incommensurables, porque su luz no ha tenido aún tiempo bastante desde la creación para llegar á nuestro planeta. Y concluyó esta curiosísima parte de su conferencia, deduciendo de hechos tan extraordinarios el fundamento grande que tiene la ciencia para afirmar que el mundo cuenta millones de años de existencia, lo cual no se opone en modo alguno á la doctrina católica.

No falta quien opina que el primer versículo del Génesis se refiere, no á la creación *ex nihilo*, sino á la formación de los mundos actuales; pero el Padre Vicent refutó esta opinión fundándose en el texto hebreo, que emplea las palabras *bara* y *uet*, y en el fin que Moisés se propuso al referir la creación al pueblo judío. La palabra *bara* se encuentra usada en la Biblia siempre que se habla de acciones sobrenaturales realizadas por Dios, y la palabra *uet*, que significa sustancia, se aplica á la sustancia del cielo y de la tierra, que Dios creó. Moisés, por último, refiriendo la creación sin mencionar materia alguna preexistente, se propuso apartar al pueblo hebreo del politeísmo que infestaba toda la tierra, y darle un argumento contra los que profesaban tan degradante doctrina. Es, pues, indudable, que el primer versículo del Génesis se refiere á la creación *ex nihilo*.

Esta párida y quizás en ciertos datos de erudición inexacta reseña, dará á los lectores de *La Fe* una idea aproximada de lo que han sido las dos primeras conferencias del sabio jesuita valenciano, que tan entusiastamente fué aplaudido en la Juventud Católica en esta ciudad.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*El garbanzo.*— Cuando abandonó á Jerusalén David por las turbas de Absalón, que le perseguían, pasó el Jordán y llegó al campamento, donde descansó y esperó con sus tropas á los insurrectos. Muy escaso de víveres por la prontitud de su salida, le proporcionaron ropas, vasijas de barro, trigo, cebada, habas, lentejas y garbanzos tostados, lo que demuestra que esta legumbre debía de ser estimada por el pueblo hebreo. También los mencionan en sus versos Aristófanes y Marcial, y en Oriente aun se conserva la primitiva idea de tostar los garbanzos para largos viajes con el nombre de hochotte.

Es la semilla del *Cicer arietinum* L., leguminosa que se cultiva mucho en España, constituyendo un ramo de riqueza en muchas poblaciones, á causa de ser uno de los primeros alimentos de casi todos los países, y especialmente en el nuestro, siendo de mejor calidad los de Castilla la Vieja, donde se recolectan grandes y buenas cosechas.

Además de servir como alimento por su composición, tiene esta semilla gran utilidad para la agri-

cultura, pues sus cenizas constituyen un gran abono, como lo demuestra su análisis, por más que resulta caro y sólo pueden reducirse á ceniza los que por su calidad no pueden usarse como alimento.

### ANÁLISIS INMEDIATO DE LOS GARBANZOS.

Legúmina.....	26,916
Dextrina y glucosa.....	6,450
Almidón.....	43,591
Celulosa.....	5,728
Materia grasa.....	3,091
Sustancias minerales.....	2,714
Agua.....	11,500

### ANÁLISIS DE LAS CENIZAS DE LOS GARBANZOS.

Potasa.....	46,322
Sosa.....	1,466
Cal.....	3,584
Acido fosfórico.....	28,904
Acido sulfúrico.....	2,846
Oxido férrico.....	2,543
Cloro.....	1,784
Silice.....	3,811
Acido carbónico.....	7,111
Carbón y pérdida.....	2,629
	100,000

*Conservas alimenticias coloreadas por la clorofila* <sup>1</sup>. Las conservas alimenticias (legumbres verdes, etcétera), obtenidas por los procedimientos ordinarios pierden el color verde, y algunos fabricantes para darles el aspecto de las legumbres frescas les dan el color verde con una sal de cobre, lo que es en extremo perjudicial aun empleando la sal metálica en pequeña proporción.

Un fabricante de conservas de París, el Sr. de Lecourt, auxiliado por el profesor de química Guillemare, ha ideado un nuevo procedimiento de coloración que, además de ser ingenioso, no puede causar ningún daño á la salud pública.

El procedimiento de los Sres. Lecourt y Guillemare consiste en agregar á las legumbres que se quieren conservar una cantidad de clorofila tal que, aun después de la pérdida que lleva consigo la cocción á 120°, retenga aún suficiente color para que presenten el aspecto de las legumbres frescas.

El color verde que agregan á sus conservas los Sres. Lecourt y Guillemare lo obtienen de legumbres comestibles, particularmente de las espinacas (*Spinacia oleracea*), que lo contiene en gran cantidad y que es fácil su extracción.

Obtenida esta materia colorante, se pone en disolución en el agua alcalinizada con la sosa cáustica. La aplicación de este color verde se practica del modo siguiente: las legumbres se sumergen en agua hirviendo, que está acidulada por medio del ácido clorhídrico, y después se le agrega la disolución de clorofila; la sosa y el ácido clorhídrico se neutralizan y producen sal común, y la materia colorante se deposita sobre el tejido orgánico, lo que da á las conservas el aspecto verde que tienen cuando están frescas.

Las legumbres así obtenidas se lavan antes de encerrarlas en los vasos en que deben sufrir la temperatura necesaria á su conservación. Este procedimiento, en extremo sencillo y fácil de practicar, tiene la ventaja de no ser nocivo, y de dar al mismo tiempo un hermoso aspecto á las conservas.

*Preservación de la oxidación del hierro.*— Se limpia bien el hierro ó fundición por medio de un ácido y se deja secar sin enjuagar el ácido; luego se limpia con una brocha ó con una lima gruesa. Aparece el hierro entonces como una especie de moaré. Se lava con petróleo, y después se frota con una brocha de hierro hasta completa sequedad. Resulta de un color agradable, y no se altera su superficie aunque pase tiempo.

*Composición de algunas tinturas para el pelo, y otros cosméticos.*— Copiamos de un artículo de H. Parville las siguientes noticias acerca de algunos cosméticos.

Debe advertirse, en primer lugar, que las preparaciones que anuncian con el nombre de vegetales y compuestas de sustancias exóticas, contienen la mayor parte venenos violentos.

Las tinturas llamadas *progresivas* son soluciones amoniacales de nitrato de plata, que lo menos que producen son oftalmías. Las tinturas instantáneas se componen de cal y litargirio. El agua de *fees* es una solución de sulfato de plomo en hiposulfito de sosa.

El agua de *Figaro* se vende en tres frascos: 1.<sup>o</sup>, solución de nitrato de plata y de sulfato de cobre; 2.<sup>o</sup> frasco, solución de sulfato de sodio; y 3.<sup>o</sup>, solu-

<sup>1</sup> La Nature.



ción de cianuro potásico, para separar del cuello cabelludo las manchas del nitrato de plata.

El *agua de la Florida* se compone, según los prospectos, de zumos de plantas exóticas inocentes, pero su verdadera composición es la siguiente: agua de rosas, 94,5; flor de azufre, 2,7; acetato de plomo, 2,8.

La *leche antifélica*, destinada para quitar las manchas y pecas de la cara, se compone de sublimado corrosivo, 1,7; óxido de plomo hidratado, 43; agua, 122; ácido sulfúrico y alcanfor, indicios.

La *leche de Mamilla* se compone de baborato de sosa, de cobre, alcoholaturo de benjuí y esencia de almendras amargas.

La *leche de Ninon* contiene bismuto y zinc. El *agua mágica*, óxido de plomo é hiposulfito de sosa. El *agua de lis*, protocloruro de mercurio. El *agua real Windsor*, glicerina y óxido de plomo. El *agua de Castilla*, hiposulfito de sosa, acetato de plomo, etc.

El *polvo depilatorio* de Laforest, contiene: mercurio, 60 gramos; sulfuro de arsénico, 30 gramos; litargirio, 30 gramos, y almidón, 30. La *epileina* se hace con sulfuro de sodio, y el *antibolbos* con hiposulfito de sosa.

Las pomadas que se venden contra la calvicie contienen cantáridas y aceite de crotón.

En los *polvos para la cara* se encuentra 300, 400 y hasta 900 partes de cerusa por 100. Los polvos de arroz, de almidón, de talco, de alabastro ó de bismuto, contienen dicho compuesto de plomo venenoso.

El blanquete designado con el nombre de *blanco de bismuto* y *blanco de plata*, contiene también carbonato de plomo ú óxido de zinc.

**Las esponjas sinapismos.** — Un periódico de Londres indica el medio, tan pronto como económico, de hacer en un momento los sinapismos. Para ello se mezcla con agua la harina de mostaza hasta que la masa sea homogénea y de regular consistencia, y entonces se sumerge en el líquido una esponja que, una vez impregnada, se aplica sobre una compresa. Preparada así la esponja y ligeramente humedecida, sirve para hacer tres ó cuatro aplicaciones sucesivas sobre diferentes puntos del cuerpo, pues conserva sus propiedades rubefacientes durante varias horas.

## MISCELANEA

Se ha firmado un decreto del Ministerio de Marina, concediendo la gran cruz blanca del Mérito Naval al Excmo. Sr. Arzobispo de Manila, por haber iniciado y favorecido la suscripción abierta en aquel archipiélago, con objeto de construir el cañonero *Filipinas*.

Justísima como pocas es la distinción otorgada á aquel ilustre Prelado, y por ello felicitamos al Gobierno que se la ha concedido.

El peso de la totalidad de diamantes descubiertos en las minas del Africa del Sud en el año último de 1885, no ha bajado de 2.440.788 quilates, y su valor se estima en 63,50 millones de francos. El valor medio de cada quilate en dicho año ha sido de 25 francos 50 céntimos; no habiendo sido muy sensibles las alteraciones en menos ó en más de dicho precio.

La cantidad de diamantes encontrados en el año anterior de 1885 es mayor que la de los años de 1884 y 1883; sin embargo, y á pesar del aumento de producción en aquellos campos mineros del Africa, el valor indicado del último año está por debajo del de los años anteriores.

He aquí una estadística reducida, pero en alto grado oportuna de los estragos de la embriaguez, presentada á la Cámara de los Estados-Unidos.

1.º, un gasto directo de 400.000.000; 2.º, un gasto indirecto de 600; la entrada de 100.000 menos por año en los asilos de indigentes; la prisión ó detención de 150.000 ciudadanos y ciudadanas; el suicidio de 100.000 personas; la viudez de 100.000 mujeres y la orfandad de 1.000.000 de párvulos.

En Francia el número de suicidios por embriaguez ha subido desde 1847 un 8 por 100. En Bélgica no bajan de 4.000 los suicidios anuales.

Y este cuadro no está recargado ni mucho menos.

Son curiosos los siguientes datos estadísticos



CAMINO DE EMAUS Á JERUSALÉN,

donde Jesucristo, después de resucitado, se apareció á dos de sus discípulos.

sobre el comercio de Oriente, del cual es como un termómetro el paso de buques por el canal de Suez. De año en año va en aumento su movimiento, hasta el punto de poderse afirmar que la crisis industrial que atraviesa desde hace tres años el comercio occidental, no produce ningún efecto por lo que al canal del Suez se refiere.

En 1885 atravesaron el canal de Suez 3.307 buques, con un total de 8.985.000 toneladas sucias y 6.336.000 toneladas limpias.

Inglaterra está representada en la estadística del canal por más de las tres cuartas partes de la cifra de los buques que lo atravesaron, esto es, por 2.734 buques. Hay que contar á su favor más de las tres cuartas partes del tonelaje sucio y limpio, pues los 2.734 buques ingleses que atravesaron el canal de Suez en 1885, representan en conjunto 6.855.000 toneladas sucias y 4.864.000 toneladas limpias.

Después de Inglaterra viene Francia. La bandera francesa estuvo representada por 294 buques con 850.000 toneladas. Entre los buques franceses están en mayoría los vapores de la Compañía de las *Messageries Maritimes*, que está fuertemente subvencionada, recibiendo el Gobierno francés más de diez y ocho millones al año, y que está encargada del servicio postal en la India, en el extremo Oriente y en la Australia.

El tercer lugar está ocupado por Holanda, que envió el año último á las Indias holandesas, á Grava y á Borneo, 169 buques con un total de 345.000 toneladas.

A pesar de su situación en Europa, ocupa el cuarto lugar en esta estadística el Imperio alemán, cuyas relaciones marítimas se extienden hoy hasta el extremo Oriente y la Australia. Alemania envió en 1885 al canal del Suez 135 buques con un total de 284.000 toneladas.

Italia viene después con 109 buques y 240.000 toneladas. Y luego Austria-Hungría con 60 buques y 240.000 toneladas.

Estas seis naciones representan un total de 3.500 buques y 8.739.000 toneladas; de aquí que sólo queden para las otras naciones marítimas que se aprovechan del canal, esto es, para España, Rusia, Suecia y Noruega, Turquía, Egipto, Portugal, Japón,

los Estados-Unidos, Dinamarca, Bélgica, Persia y Grecia, 124 buques y 254.000 toneladas.

Es cierto que de estos 124 buques más de la tercera parte son españoles; pero ¿se concibe acaso que Austria, Italia y Alemania sostengan más relaciones que España con Oriente, puesto que apenas tienen posesiones en aquella apartada región?

El número de pasajeros que atravesaron el canal fué de 201.773, de los cuales 112.230 eran militares, ó sea 43.817 soldados ingleses, 43.655 franceses, 9.575 turcos, 9.153 italianos, 2.900 holandeses, 1.075 rusos, 1.002 españoles y los demás alemanes, japoneses, portugueses y chinos.

En cuanto á los otros pasajeros en número de 89.542, comprende esta cifra 47.063 ingleses, australianos, franceses é italianos; 21.172 peregrinos musulmanes; 2.299 deportados rusos enviados á Siberia, y 2.908 colonos rusos procedentes de dicha provincia.

Los buques-correos que atravesaron el canal, pertenecían á Inglaterra, Holanda, Francia, Italia, Austria-Hungría y España, y representan cerca de la quinta parte del tonelaje total.

Por desgracia, el comercio de Oriente aumenta para las demás naciones y no para España, que debía ser la primera en este camino, abierto por sus antiguos navegantes y por sus heroicos misioneros.

¿Es que no hay acaso medios de fomentar el comercio español en Oriente? La prueba de que existen estos medios, está en que el comercio con nuestras posesiones de Oriente, en vez de hacerlo españoles y en buques españoles, lo hacen ingleses, alemanes y franceses. Y se da el caso de que este comercio produce á Inglaterra, á Alemania y Francia, lo que á España le hace grandísima falta para mantener á flote su riqueza comercial.

Desde hace algunos años se quejan los trabajadores de los arsenales mercantes de que apenas se construyen buques, y de que los que se construyen se encargan casi siempre al extranjero, á Francia y á Inglaterra casi siempre. Estos hechos son exactos, como lo es igualmente que en los astilleros de nuestros puertos de Levante apenas se construyen otra cosa que jabeques y pallebost, que cuando más se apartan de nuestras costas van á Cete ó á Marsella á exportar naranja, pasa y dátiles, y en los del Atlántico, bergantines y goletas que á lo más llegan á Londres, y los de más potencia á las Antillas.

¿Por qué lo que se emplea en subvencionar empresas inútiles, cuando no nocivas, no se dedica á ayudar en una ú otra forma á las empresas comerciales marítimas? ¿No es doloroso que lo que sucede en el canal de Suez ocurra en Marruecos, cuyos puertos son visitados por más buques ingleses y franceses que por buques españoles?

## ADVERTENCIA

Rogamos á los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que nos envíen lo antes posible lo que adeudan á esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos á los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vencidas.

## LIMOSNA

La suscritora Doña R. S. I. de B. nos ha enviado 200 reales para los huérfanos del Asilo. Dios se lo pague.

Madrid. — Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.